

FICHTE. DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

Estos discursos fueron pronunciados en Berlín en el invierno de 1807-8 como parte de un ciclo de conferencias y como continuación de *Rasgos fundamentales de la época actual* (obra impresa por esta misma editorial en el año 1806), serie de lecciones dadas en aquella misma ciudad en el invierno de 1804-5. Lo que en ellas y con ellas se pretendía decir al público está ya dicho allí y no sería necesario prólogo alguno. Pero como desde entonces a hoy, debido a la publicación de estos discursos, se ha producido un espacio vacío que hay que llenar, voy a llenarlo con algo que ha sido ya impreso en otra parte y que ha pasado la censura; algo que me viene a la memoria con ocasión de las lagunas surgidas y que, de manera general, podría encontrar aplicación también aquí en el momento en que, de modo especial, llamo la atención sobre la conclusión del discurso duodécimo y que está en relación con el mismo asunto.

Berlín, abril de 1808.

Fichte.

Los discursos que aquí comienzo los he anunciado como una continuación de las lecciones que expliqué en este mismo lugar durante el invierno de hace tres años y que han sido publicadas bajo el título de «Características fundamentales de la época actual». En aquellas lecciones hice ver que nuestra época tiene lugar en la tercera de las tres edades principales de la historia del mundo, que ha hecho del mero interés material el móvil de todas sus emociones e impulsos vitales, que se entiende y concibe a sí misma de manera perfecta sólo dentro del mencionado móvil y que, al comprender su ser de esta manera clara, se fundamenta en su esencia vital y se asegura de modo inamovible.

Asistimos a una época que avanza de manera más rápida que cualquier otra época de las que ha habido desde que existe una historia del mundo. Dentro de los tres años que han transcurrido desde que di mi interpretación de la época actual, en alguna parte, esta época se ha consumado y terminado por completo. En alguna parte el egoísmo se ha aniquilado a sí mismo por haber alcanzado un perfecto desarrollo, perdiendo con ello, además, su mismidad y su autonomía; y una fuerza exterior le ha impuesto una meta distinta y extraña, pues por propia voluntad no pretendió proponerse otra meta que no fuera la de querer imponerse él mismo. Quien una vez emprendió la tarea de interpretar la época en que vive tiene que acompañar, con la propia interpretación, la evolución posterior de esta época, caso de que la época consiga tal evolución; por esta razón considero mi deber, frente al mismo público ante el que me caractericé algo como presente, reconocer eso mismo como algo pasado una vez que ha dejado de ser presente.

Aquello que ha perdido su autonomía ha perdido al mismo tiempo la capacidad de influir en el flujo del tiempo y de determinar libremente el contenido del mismo; si persiste en semejante estado, el poder extraño que domina su destino hace que

termine su época y él mismo con ella; a partir de este momento ya no tiene una época propia y cuenta los años según los acontecimientos y épocas de imperios y pueblos extranjeros. Podría liberarse de este estado en que ya no influye para nada de manera espontánea en el mundo actual donde no le queda más que el honor de la obediencia, únicamente bajo la condición de que surgiese otro mundo que llevase consigo el comienzo en el tiempo de una época nueva y propia y que lo colmase con su desarrollo; pero como al someterse a un poder extraño ha perdido su autonomía, este nuevo mundo tendría que ser de manera tal que permaneciese imperceptible a ese poder extraño y de ninguna manera provocase sus celos; es más, que incluso fuese su propio provecho lo que moviese a ese poder extraño a evitar cualquier impedimento en orden a la creación de ese mundo. En el caso de que existiese un mundo tal que proporcionase una nueva autonomía y una nueva época para una estirpe que ha perdido su autonomía anterior y también su época y mundo anteriores, podría darse a este mundo así creado una interpretación global, incluso de esa época posible.

Por mi parte, creo que tal mundo existe y la intención de estos discursos consiste en mostrarles a ustedes su esencia y su verdadero protagonista, presentar ante sus ojos una imagen viva del mismo y apuntar los medios para su consecución. Así, pues, en este sentido estos discursos van a ser una continuación de las lecciones explicadas antaño sobre la época entonces actual, pues van a descubrir esa nueva época que puede y debe seguir inmediatamente a la destrucción que una fuerza extraña ha de ocasionar al dominio del egoísmo.

Pero antes de comenzar esta tarea tengo que solicitar de ustedes consideren de tal manera que nunca se les olvide, y que estén de acuerdo conmigo donde y cuando quiera que sea necesario en los siguientes puntos:

1. Que hablo a alemanes por antonomasia de alemanes por antonomasia, no reconociendo, sino desechando totalmente y desdeñando todas las diferencias disgregadoras que han dado lugar desde hace siglos a acontecimientos nefastos para una nación. Por cierto, ante mis ojos, son ustedes, distinguida asamblea, los representantes primeros y directos que me actualizan las queridas características fundamentales nacionales y el núcleo visible en que se enciende la llama de mi discurso, pero mi espíritu reúne en torno a sí a la clase culta de toda la nación alemana desde todos los países sobre los que se ha

extendido; considera y tiene presente la situación y circunstancias comunes a todos nosotros y desea que una parte de la fuerza vivificadora con que a ustedes quizá conmuevan estos discursos perdure incluso en la publicación silenciosa que sólo ha de llegar a los ojos de los ausentes; reciba de ella el aliento necesario y por todas partes incite a los espíritus alemanes a decidirse a actuar. He dicho que a alemanes por antonomasia y de alemanes por antonomasia. A su debido tiempo mostraremos que cualquiera otra denominación de unidad o vínculo nacional o bien nunca correspondió a la verdad ni tuvo sentido, o bien, en el caso de que lo haya tenido, veremos que nuestra situación actual nos ha aniquilado y arrebatado estos vínculos de unidad y ya nunca podrán volver otra vez; y que es simplemente el rasgo esencial común de la «germanidad» lo que podrá librarnos de la ruina de nuestra nación en la confluencia con el extranjero y ganar de nuevo una individualidad sustentada en sí misma e incapacitada del todo para cualquier dependencia. Una vez que entendamos esto último desaparecerá al mismo tiempo, y por completo, la aparente oposición de esta afirmación con otras obligaciones y asuntos considerados sagrados, cosa que quizá teman algunos actualmente.

En consecuencia, dado que solamente hablo de alemanes, voy a exponer algunas cosas, que de entrada no pueden decirse de los aquí reunidos, pero que sin embargo las voy a manifestar como válidas para todos nosotros, y a la vez voy a exponer otras que pudiéndose decir de entrada, sólo de nosotros, van a valer como dichas de todos los alemanes.

Estoy divisando en el espíritu de cuyo flujo surgen estos discursos esa unidad entretejida en la que ningún miembro toma como ajeno a él el destino de cualquier otro miembro, unidad que debe y tiene que surgir si es que no queremos perecer totalmente. Yo considero que esta unidad ha surgido ya y que está ahí perfeccionada y actualizada.

2. Presupongo que ante mí no hay un público alemán tal que se deja absorber en el sentimiento del dolor por la pérdida sufrida, se complace en este dolor, se deleita en su inconsolabilidad y, por este sentimiento, piensa resignarse con la invitación que se le hace para que actúe, sino un público que se ha elevado ya incluso por encima de este dolor justificado hacia una circunspección y reflexión clarividentes o que al menos es capaz de elevarse. Conozco ese dolor, he sido uno más en sentirlo, lo venero; la necedad, que se siente satisfecha cuando encuentra comida y bebida y cuando no se le causa dolor físico

alguno, y para la que honor, libertad e independencia son palabras sin significado, es incapaz de sentirlo; pero está ahí simplemente para estimularnos a la reflexión, decisión y actuación; malogrando esta meta final, el dolor nos priva de la reflexión y de todas las fuerzas que aún puedan quedarnos, con lo cual completa nuestra miseria demostrándonos además claramente, como testimonio que es de nuestra desidia y cobardía, que nos la merecemos. Pero de ningún modo pienso liberarles a ustedes de este dolor haciéndoles confiar en una ayuda que ha de venir de fuera y remitiéndoles a todo tipo de acontecimientos y cambios posibles que el tiempo pudiera traer; pues en el caso de que esta mentalidad que prefiere vagar por el mundo vacilante de las posibilidades en lugar de fijarse en lo necesario, y que prefiere deber su salvación a la ciega casualidad antes que a sí misma, no diese pruebas ya de por sí de la irreflexión más imperdonable y del más profundo desprecio de sí misma, como lo hace de hecho, tampoco nos servirían en nuestra situación todo este tipo de consuelos y alusiones. Se podría presentar el argumento riguroso, y lo haremos a su debido tiempo, de que ningún hombre, ningún dios ni ninguno de los acontecimientos que se mueven dentro de las esferas de la posibilidad pueden ayudarnos, sino que sólo nosotros mismos somos quienes tenemos que ayudarnos en el caso de que alguien tenga que hacerlo. Intentaré liberarles a ustedes del dolor, más bien haciéndoles comprender claramente el estado en que nos encontramos, la fuerza que aún nos queda y los medios que han de salvarnos. Por ello voy a exigirles sin duda un cierto grado de reflexión, una cierta espontaneidad y algo de sacrificio; para ello cuento con un auditorio del que puede exigirse tanto. Por lo demás, los objetos de esta exigencia son en conjunto fáciles y no presuponen unas capacidades mayores que las que, a mi juicio, se pueden esperar de nuestra época; y en lo que a peligro respecta, no existe ninguno en absoluto.

3. Cuando pienso en provocar una comprensión clara de los alemanes como tales en su estado actual, presupongo un auditorio inclinado a ver con sus propios ojos cosas de este tipo, de ningún modo un auditorio para quien es más cómodo dejarse engañar a la hora de observarlas, tolerando que se sustituya su instrumento de observación por otro extraño y extranjero que, o está calculado adrede para el engaño o que, por razón de su punto de vista distinto y de su menor carga de rigor, no es por naturaleza adecuado para un observador ale-

mán. Además, parto del supuesto de que este auditorio, al observar con sus propios ojos, va a tener el valor de observar honradamente lo que existe y honradamente admitir lo que ve, y que o ha superado ya o es aún capaz de superar aquella inclinación, con frecuencia manifestada, de engañarse en lo relativo a los propios asuntos y de preferir una imagen de los mismos un poco menos desagradable que la que pueda presentar la verdad. Esta inclinación es un escape cobarde de las propias opiniones y un sentido infantil que parece creer que sólo con no ver su miseria, o al menos no confesar que la ve, desaparece con ello esta miseria de la realidad, de la misma manera que ha desaparecido de su mente. Por el contrario, es intrepidez varonil fijar la vista en lo malformado, aceptarlo, resistir o penetrar en ello tranquila, fría y libremente y analizarlo en sus componentes. Y uno llega a dominar el mal sólo cuando lo reconoce con clarividencia y se emprende la lucha contra él con pasos seguros al saber siempre dónde se encuentra uno, abarcando con la vista el todo en cada parte y al estar seguro del problema por la clarividencia conseguida; por el contrario, el otro, sin certeza segura y sin rumbo fijo, anda dando tumbos, soñoliento y ciego.

¿Por qué nosotros también hemos de espantarnos ante esta evidencia? Ni el desconocimiento del mal lo hace menor, ni lo hace mayor el que se lo conozca; sólo esto último puede sanarlo; pero no pongamos en primer plano el problema de la culpa. Castíguese a los perezosos y egoístas con severas reprensiones, con burla mordaz, con desprecio cruel, y estímúleseles, si es que no a otra cosa mejor, sí al menos a que odien y se enfurezcan contra el que les recuerda que son perezosos y egoístas, pues es al menos una emoción fuerte el que odien y se enfurezcan, y esto en tanto en cuanto el mal, consecuencia necesaria, no se haya consumado aún y se pueda todavía esperar de la mejora salvación y alivio. Pero una vez que este mal se ha consumado hasta tal punto que incluso nos quita la posibilidad de continuar de esta manera, no tiene ningún sentido, y además parece que es alegría por el mal ajeno, el que se continúe reprendiendo por un pecado que ya no se puede cometer más; el análisis pasa entonces del campo de la moral al terreno de la historia, para la cual la libertad es algo que ya ha pasado y lo ocurrido es un resultado necesario de lo sucedido anteriormente. A nuestros discursos no les queda otra visión del presente que esta última; por esta razón nunca aceptaremos otra distinta.

Simplemente imaginarse alemán, no estar sometido ni si-

quiera al dolor, querer ver la verdad y tener el valor de fijarla ante los propios ojos, es una mentalidad que presupongo y con la que cuento en relación a cada una de las palabras que voy a pronunciar; y si alguna de las personas aquí reunidas tuviese una mentalidad distinta a ésta, los sentimientos desagradables que de aquí pudieran surgirle serían única y exclusivamente culpa suya. Sea esto dicho de una vez para siempre y con ello concluido; emprenderé ahora la tarea de presentar ante ustedes, en visión panorámica, el contenido fundamental de todos los discursos siguientes.

Al comienzo de este discurso dije que en alguna parte el egoísmo se había aniquilado ya a sí mismo por haberse desarrollado completamente y haber perdido además su individualidad y la capacidad de proponerse con independencia sus propias metas. La aniquilación del egoísmo ha estado en la evolución de la época, de la que yo ya he hablado, y en el acontecimiento completamente nuevo que está ocurriendo en ella, el cual, a mi ver, ha hecho tan posible como necesaria una continuación de la descripción que antaño hice de esta época; de esta manera, esa aniquilación estaría en nuestro propio presente, al que tendría que unirse directamente nuestra nueva vida dentro de un mundo nuevo cuya existencia he así mismo mantenido y que sería al mismo tiempo, en consecuencia, el verdadero punto de partida de nuestros discursos; ante todo tendría yo que mostrar cómo y por qué semejante aniquilación del egoísmo es un resultado necesario de su más alto grado de desarrollo.

El egoísmo aparece en su más alto grado de desarrollo cuando una vez que ha llegado, con excepciones insignificantes, a la totalidad de los gobernados, se apodera también, a partir de éstos, de la totalidad de los gobernantes y se convierte en su único impulso vital. En primer lugar, este gobierno, en lo que al exterior se refiere, descuida todo vínculo que une su propia seguridad con la seguridad de otros estados, renuncia al todo del que es miembro simplemente con el propósito de evitar que se le moleste en su perezosa tranquilidad y en el lamentable engaño de que está en posesión de la paz, siempre y cuando no se produzca un ataque a sus fronteras; además, en lo que al interior se refiere, emplea esa manera poco enérgica de dirigir las riendas del estado, que con palabras extranjeras se llama humanitarismo, liberalidad y popularidad, pero que con más exactitud, y dicho en alemán, se llama debilidad y actuación indigna.

He dicho que cuando se apodera también de los gobernan-

tes. Un pueblo puede depravarse por completo, es decir, ser egoísta, pues el egoísmo es la raíz de todas las demás depravaciones; no obstante, puede no sólo existir, sino también incluso llevar a cabo acciones aparentemente brillantes, sólo con que su gobierno no esté depravado; este último puede de hecho relacionarse con el extranjero de manera desleal y olvidarse del deber y del honor, sólo con que tenga el valor de mantener hacia el interior, con mano enérgica, las riendas del poder y de conseguir que sea muy temido. Donde, sin embargo, concurren todos los factores mencionados, allí se hunde la comunidad al primer ataque serio que le sobrevenga; y de la misma manera que ella, por falta de fidelidad, se desprendió del cuerpo del que era miembro, así también sus miembros se desprenden ahora de ella, con la misma infidelidad, para ir a donde les parezca, no reteniéndoles ningún tipo de miedo y empujándoles, en cambio, el temor mayor al dominador extranjero. Entonces, una vez más, ese temor mayor se apodera de los miembros que ahora están aislados y entregan al enemigo con abundancia y sonrisa forzada lo que antes daban al defensor de la patria en pequeña cantidad y muy a pesar suyo, hasta que más tarde los gobernantes, traicionados y abandonados por todos, se ven obligados a pagar su continuidad sometiéndose y obedeciendo a planes extraños, de modo que hasta los que habían abandonado las armas en la lucha por la patria aprenden ahora, bajo banderas extranjeras, a tomarlas con valentía contra ella. De este modo ocurre que al egoísmo lo aniquila su propio desarrollo llegado al más alto grado; y a quienes no quisieron imponerse, por voluntad propia, ninguna otra meta que no fuera ellos mismos, una fuerza extranjera les obliga ahora a esa meta que ellos no quisieron.

Ninguna nación que haya caído en este estado de dependencia puede escapar de él valiéndose de los medios utilizados tradicionalmente hasta ahora. Si su resistencia no fue fructífera cuando todavía estaba en posesión de todas sus fuerzas, ¿qué puede conseguir ahora que se le han arrebatado la mayor parte de ellas? Lo que en otro tiempo hubiese servido de algo, como, por ejemplo, que el gobierno hubiese mantenido las riendas del poder con fuerza y seguridad, ya no es aplicable actualmente, dado que esas riendas están en sus manos sólo de una manera aparente, pues es una mano extranjera la que dirige y gobierna. Una nación así ya no puede confiar en sí misma por más tiempo ni puede contar tampoco con el vencedor. Éste tendría que ser imprudente, pusilánime y cobarde, como lo fue aquella nación que no aseguró las ventajas conseguidas ni utili-

zó todos los medios para conseguirlas. Pero si con el transcurso del tiempo llegase a ser tan imprudente y cobarde, terminaría arruinándose de la misma manera que nosotros, pero de ninguna manera en beneficio nuestro, sino que se convertiría en botín de un nuevo vencedor, convirtiéndonos nosotros en el aditamento lógico y sin importancia de este botín. Pero si una nación hundida de esta manera tuviese la posibilidad de salvarse, tendría que hacerlo valiéndose de unos medios totalmente nuevos y todavía no utilizados hasta ahora; tendría que crear un nuevo orden de cosas. Veamos entonces cuál ha sido, dentro del orden de cosas hasta ahora existentes, la razón por la que ese orden de cosas, en un momento dado, tuvo necesariamente que llegar a su fin, para que de este modo encontremos en la razón contraria de esta ruina el nuevo elemento que debiera añadirse a la época a fin de que la nación arruinada pueda emerger a una nueva vida.

Al investigar cuál ha sido esta razón se descubrirá que todas las constituciones del pasado establecían un vínculo entre la participación en la comunidad y la participación del individuo en sí mismo mediante ciertos lazos que, en un momento dado, se vieron rotos de forma tan radical que dejó de haber participación en la comunidad. Tal vínculo lo habían constituido el miedo y la esperanza del individuo a posibles repercusiones del destino de la comunidad sobre su propia vida presente o futura. La ilustración del intelecto que hasta ahora sólo se había propuesto metas materialistas constituyó la fuerza que eliminó la vinculación de la vida futura con la presente por medio de la religión, considerando al mismo tiempo fantasmas falaces otros medios complementarios y representativos de la moral, como son el amor a la fama y el honor nacional; fue la debilidad del gobierno¹ quien eliminó del comportamiento del individuo para con la comunidad el miedo a posibles repercusiones sobre el bienestar personal, incluso en el mundo presente, dejando con frecuencia impune el incumplimiento del deber; fue aquella también quien desposeyó de toda eficacia a la esperanza, satisfaciéndola una y otra vez según normas y motivos bien distintos, sin tener para nada en cuenta los servicios prestados a la comunidad. Éstos fueron, pues, los vínculos que hicieron que, al deshacerse ellos mismos se hundiese el estado.²

1 A la hora de la impresión tuvo Fichte por razones de censura que dar a esta idea un matiz generalizador: «Fue la debilidad de los gobiernos» y no «Fue la debilidad del gobierno».

2 Obligado por la censura Fichte cambió esta frase de este modo: «estos

Con todo, a partir de este momento, el vencedor puede con diligencia hacer lo que sólo a él le es posible hacer, es decir, unir y fortalecer de nuevo para la vida presente lo que queda de aquellos medios de vinculación: el miedo y la esperanza; con ello sólo él resulta favorecido y no nosotros, pues de esta manera advierte con certeza su ventaja y con este vínculo renovado relaciona su asunto, que es ante todo suyo, y nuestro sólo en cuanto que nuestra subsistencia le interesa simplemente como medio para la consecución de sus fines. A partir de este momento, a una nación que ha sucumbido de esta manera le desaparecen por completo el miedo y la esperanza, pues la dirección de éstos se le ha escapado de las manos y es ciertamente ella misma quien tiene que temer y esperar, ya que a partir de ahora nadie le va a temer ni nadie va a seguir esperando algo de ella; y no le queda otra solución que encontrar un medio de vinculación nuevo, distinto y más eficaz que el miedo y la esperanza, a fin de unir para sí la causa de la comunidad con la participación de todos los individuos de la misma.

Además de ese impulso sensible de temor y esperanza, y muy próximo a él, hay otro impulso espiritual de aprobación o reprobación moral y una sensación superior de complacencia o desagrado por nuestras situaciones y las situaciones de otros. Del mismo modo que la vista exterior, acostumbrada a la limpieza y el orden, se angustia y atormenta, como si le produjese un dolor inmediato, al ver una mancha —o al ver objetos en completo desorden—, cosa que de por sí no causa ningún dolor inmediato al cuerpo, y en cambio, la vista que está acostumbrada a la suciedad y al desorden se siente perfectamente, de esta manera también la vista interior espiritual del hombre puede estar acostumbrada y formada de tal manera que el simple hecho de ver la existencia propia o la de las stirpes hermanas, desordenada, confusa, indigna y deshonrosa, le cause un dolor interior, sin tener en cuenta lo que de ello pueda temer o esperar su bienestar exterior; y acostumbrada y formada de tal manera que ese dolor no deje en paz al individuo que posee una vista semejante, independientemente del temor o esperanza materiales, hasta que, dentro de sus posibilidades, haya eliminado el estado que le desagrada y haya puesto en su lugar el único que puede agradarle. Para el individuo poseedor de tal vista, el problema de la totalidad circundante está unido de manera inseparable, por medio del sentimiento impulsor de la

vínculos fueron los que en alguna parte se rompieron por completo, causando con ello la disolución de la comunidad».

aprobación o reprobación, al problema de su propio yo ampliado, el cual sólo se reconoce a sí mismo formando parte del todo y sólo se tolera dentro de un todo complaciente; de este modo, para una nación que ha perdido su autonomía, y con ello su influencia en el temor y esperanza públicas, la educación sería un medio seguro para conseguir tal sentido de la vista y además el único que le quedaría para poder elevarse de nuevo a la existencia desde su aniquilamiento resignado y confiar plenamente al nuevo y más elevado sentimiento aquellos asuntos nacionales en los que, desde que sucumbieron, ya no piensa ningún hombre ni ningún dios. Se deduce, pues, que el medio de salvación que he prometido manifestar consiste en la formación de un yo completamente nuevo que puede que haya existido ya antes y de manera excepcional en individuos aislados, pero nunca como un yo nacional y generalizado; consiste, además, en educar a la nación, que no tiene vida propia y está entregada a una vida extraña, para una vida completamente nueva que o bien siga siendo exclusiva propiedad o, caso de que pasase a otros, siga siendo completa e irreductible a infinitas divisiones; en una palabra, lo que estoy proponiendo para lograr la continuación de la existencia de la nación alemana es un cambio radical de la esencia de la educación que ha venido practicándose hasta ahora.

Que a los niños hay que darles una educación buena es algo que se ha dicho con frecuencia y se ha repetido hasta la saciedad incluso en nuestra época; resultaría muy fácil repetirlo aquí otra vez. Ya que creemos poder decir otra cosa, es tarea nuestra más bien examinar con exactitud y precisión qué es lo que de hecho le ha faltado a la educación anterior e indicar qué elemento innovador tiene que añadir la nueva educación a la formación humana anteriormente practicada.

Después de tal análisis tenemos que reconocer que la educación pasada ha presentado ante los ojos de sus educandos una imagen de pensamiento religioso, ético y jurídico y una idea del orden y de las buenas costumbres, e incluso les ha exhortado a veces con lealtad a manifestar en sus vidas estas imágenes, pero salvo muy raras excepciones, y como tales excepciones no por razón de esa educación, pues hubiese tenido que ser la norma para todos los que la recibieron, sino por otras razones, salvo estas raras excepciones, digo, en general los educandos de esta educación no han seguido aquellas ideas y exhortaciones morales, sino más bien los impulsos de su egoísmo, surgido en ellos de manera natural y sin que en ello colaborase el arte de educar; testimonio irrefutable es que ciertamente este arte

de educar ha conseguido llenar la memoria con algunos términos y locuciones y la fantasía fría y ausente con imágenes lánguidas y descoloridas, pero no ha logrado nunca dar vida a las imágenes que presentaba de un orden moral del mundo; que ni el cálido amor, ni la añoranza de estas imágenes, ni el fogoso afecto que impulsa a su manifestación en la vida, y ante el que el egoísmo sucumbe como follaje marchito, han encontrado morada en el educando; que por eso esta educación ha estado muy lejos de penetrar hasta la raíz de los movimientos e impulsos vitales reales y conformarlos, hasta el punto de que esa raíz, olvidada por la educación ciega e impotente, ha crecido salvajemente por todas partes, tal y como le ha sido posible, produciéndose buenos frutos en los pocos privilegiados por la divinidad, pero malos en la gran mayoría. Es del todo suficiente por el momento caracterizar a esta educación por su éxito, y para nuestro propósito se puede prescindir de la trabajosa tarea de analizar la savia y vasos sanguíneos de un árbol cuyos frutos están ya completamente maduros y yacen ante los ojos de todo el mundo como testimonio claro y evidente de la naturaleza íntima de su creador. En rigor, y de acuerdo con este punto de vista, la educación anterior de ningún modo ha sido el arte de formar al hombre, cosa de la que ni siquiera se vanagloria; antes al contrario, muy a menudo ha reconocido libremente su impotencia al exigir la existencia previa de un talento o genio naturales como condición de éxito; por lo tanto, la única tarea de la nueva educación consistirá en encontrar primero semejante arte de educar. Esta nueva educación tendría que añadir a la antigua la penetración en la raíz del impulso y movimientos vitales de que aquélla careció, y del mismo modo que la antigua a lo sumo formó algo en el hombre, tendría la nueva que formar al hombre mismo y convertir la formación no en algo que se posee, como ha sido hasta ahora, sino más bien en una parte constitutiva personal del educando.

Además, hasta ahora, esta formación limitada llegó solamente a una pequeña minoría de los, por esta razón, denominados estamentos cultos, pero aquella gran mayoría en la que se fundamenta la comunidad, el pueblo, permaneció casi totalmente al margen de la educación y sometido a la ciega fatalidad. Con la nueva educación nosotros queremos hacer de los alemanes un todo que sea movido y revitalizado en cada uno de sus miembros por una misma ocupación; pero si continuásemos queriendo separar a un estamento culto animado por el impulso recientemente desarrollado de la aprobación ética de otro no culto, este último se separaría de nosotros y termina-

ríamos por perderlo, pues la esperanza y el temor, única posibilidad de influir en él, no estarían de nuestro lado, sino contra nosotros. Por tanto, no nos queda otra solución que hacer llegar, sin más, a todos los alemanes la nueva formación, de tal manera que no se convierta en formación de un estamento determinado, sino en formación de la nación sin más y sin exceptuar a ninguno de sus miembros, y así desaparezca y se elimine por completo, dentro de una formación en la íntima complacencia por la justicia, toda diferencia de estamentos que puede que aún continúe existiendo en otras facetas del desarrollo, hasta el punto de que surja entre nosotros no una educación popular, sino una educación nacional propia de alemanes.

Voy a mostrarles a ustedes cómo este arte de enseñar que anhelamos ya ha sido de hecho encontrado y ejercido, de manera que a nosotros no nos queda ya más que aceptar lo que se nos ofrece, para lo cual, como prometí anteriormente cuando hablaba del medio de salvación que debía ser propuesto, no se requiere en absoluto unas capacidades mayores que las que buenamente se pueden esperar de nuestra época. A esta promesa añadía además otra cosa, a saber: que en lo que a peligro se refiere, en nuestra proposición no había absolutamente ninguno, dado que el propio provecho del poder que nos gobierna exige más que impide la realización de tal proposición. Encuentro que es conveniente manifestarse con claridad en este primer discurso en lo que toca a este punto.

No cabe duda de que tanto en épocas pasadas como en la época actual con frecuencia se han utilizado con éxito las artes de seducir y degradar moralmente al súbdito como formas de dominio; con ficciones mentirosas y enmarañamientos artificiosos de conceptos y de lenguaje se ha desprestigiado a los príncipes ante el pueblo y al pueblo ante los príncipes con la intención de asegurarse el dominio sobre los enemistados; se han estimulado y cultivado astutamente la vanidad y el egoísmo con el propósito de hacer despreciables a los súbditos y pisotearlos con buena conciencia; pero seguro que se cometería un error que llevaría a la perdición si se pretendiese seguir con nosotros los alemanes el camino trazado. Si prescindimos del vínculo de temor y esperanza, la unidad de aquella parte del extranjero con que actualmente hemos entrado en contacto se basa en impulsos de honor y gloria nacional; pero la clarividente alemana hace tiempo que se ha convencido con inquebrantable firmeza de que estos conceptos son puras falacias y que la gloria de toda la nación no puede curar las heridas y mutilacio-

nes del individuo; y es posible que se nos permita convertirnos en peligrosos predicadores de esta doctrina, por lo demás comprensible y hasta cierto punto estimulante, mientras no dispongamos de una visión más elevada de la vida. Sin que esto haga que aceptemos una nueva perdición, en nuestra condición natural somos ya botín funesto; sólo la realización de la proposición que he hecho puede convertirnos en uno beneficioso; de esta manera, el extranjero, que entiende su beneficio con tanta certeza, movido por él, nos preferirá de esta última manera y no de la primera.

Con esta proposición mi discurso va ahora dirigido de manera especial a la clase culta alemana, con la esperanza de que ésta lo entienda mejor, solicitando de ustedes que se conviertan en los autores de esta nueva obra para de este modo, de un lado, conciliar al mundo con su eficacia pasada y, de otro, conseguir su continuidad en el futuro. A lo largo de estos discursos veremos que todo el progreso de los hombres de la nación alemana ha venido del pueblo, a él le fueron llevados siempre los grandes asuntos nacionales y él se ocupó de ellos y los fomentó; veremos que aquí por vez primera se obrece a los estamentos cultos el desarrollo originario de la nación y que, si realmente se hacen cargo de lo que se les brinda, será también la primera vez que esto ocurra. Veremos que estos estamentos no pueden calcular cuánto tiempo necesitan aún para ponerse a la cabeza de este quehacer, pues está ya casi preparado y maduro para ser presentado al pueblo y practicado en sus miembros, de forma que el pueblo, después de un corto período de tiempo será capaz de valérselas por sí mismo sin necesidad de nuestra ayuda, de lo que se sacará en consecuencia para nosotros que los que actualmente son cultos y sus descendientes se convertirán en pueblo, pero del pueblo actual surgirá otra clase mucho más culta.

Después de todo, el objetivo general de estos discursos consiste en proporcionar valor y esperanza a los fracasados, anunciar alegría en la profunda tristeza y superar con facilidad y en paz la hora del aprieto. La época se me aparece como una sombra que cubre su propio cadáver del que acaba de salir impulsada por un ejército de enfermedades, que se lamenta y no puede apartar la vista de su ropaje antes tan querido y que desesperadamente intenta por todos los medios posibles regresar a la mansión de la peste. Ciertamente, los aires vivificadores de ese otro mundo, en el que acaba de entrar el muerto, lo han tomado en sí y lo están rodeando de calientes soplos vitalizadores; ya voces de hermanos lo saludan con alegría y le dan la bienve-

nida; ya en todo su interior hay movimiento y distensión para desarrollar la señorial figura en que debe transformarse, pero aún carece de tacto para sentir estos soplos y de oído para percibir estas voces, y aunque los tuviera estarían insensibilizados por el dolor de la pérdida, con la cual él mismo cree haberse perdido también. ¿Qué se puede hacer? La aurora del nuevo mundo ha irrumpido ya y dora las cumbres de las montañas dando forma al día que se acerca. Quiero, hasta donde me sea posible, apoderarme de los rayos de esta aurora, condensarlos en un espejo en que se refleje la desconsolada época para que de este modo crea que todavía existe, y en ese espejo se le represente su verdadera esencia y por delante de él pasen con profético rostro sus despliegues y configuraciones. En esta visión sin duda se sumergirá también la imagen de su vida pasada y el muerto podrá ser llevado a su lugar de reposo sin demasiadas lamentaciones.

Hemos dicho ya que, por una parte, el medio propuesto en estos discursos para la formación de una nueva especie humana deben aplicarlo ante todo los alemanes en los mismos alemanes y, por otra, que corresponde propiamente y en primer lugar a nuestra nación. Esta afirmación necesita ser probada, y como hemos hecho hasta ahora, también aquí vamos a partir de lo superior y más general, mostrando qué es y qué ha sido desde siempre el alemán en sí y para sí en sus rasgos fundamentales, independientemente del destino que le ha tocado en estos momentos, e indicando que ya en este rasgo fundamental radica la habilidad y receptividad para esa formación, diferenciándole con ello de las demás naciones europeas.

El alemán es ante todo una estirpe de los germanos, de quienes basta aquí con afirmar que fueron quienes tuvieron que conciliar el orden social conseguido en la vieja Europa con aquella auténtica religión conservada en la antigua Asia y de este modo desarrollar en ellos y a partir de ellos mismos una nueva época, en contraste con el desmoronamiento de la Antigüedad. Basta además con caracterizar al alemán especialmente en contraste con las demás tribus germánicas que se formaron junto a él; pues en el caso de otras naciones europeas de reciente formación, como son las de origen eslavo, no parece que se hayan desarrollado todavía de una manera tan clara como para que de ellas pueda llegarse a una caracterización exacta, mientras que otras del mismo origen germánico, para quienes no es válido el motivo básico diferenciador que enseña vamos a exponer, como es el caso de los escandinavos, las aceptamos aquí, sin lugar a dudas, como alemanas y las incluimos dentro de las consecuencias generales de nuestro análisis.

Pero, en primer lugar, al análisis que empieza ahora vamos concretamente a anticipar la siguiente consideración. Como razón de la diferencia surgida dentro de la estirpe primigenia y

originariamente única, voy a presentar un hecho que, como tal, es a todas luces evidente e irrefutable; hablaré luego de manifestaciones concretas de esta diferencia que igualmente podrían evidenciarse como meros fenómenos. Pero en lo que se refiere a la relación de los últimos, como consecuencia, con los primeros, como causa de ellos, y a la deducción de las consecuencias a partir de las causas, no puedo contar de una manera general con la misma claridad y capacidad de convicción para todos. Reconozco que en este aspecto mis afirmaciones no son completamente nuevas y ya han sido oídas antes, más bien sé que entre nosotros hay muchos que están o muy bien predispuestos para esta opinión o quizá ya familiarizados con ella. Pero entre la mayoría circulan ideas sobre el problema que vamos a tratar, que difieren mucho de las nuestras, pero rectificarlas y refutar todas las objeciones que en casos concretos pudieran presentar quienes no han ejercitado un sentido de la totalidad, iría más allá del tiempo de que disponemos y del plan que nos hemos trazado. Tendré que conformarme con decirles a éstos que lo que voy a exponer al respecto, no podría existir en mi idea global de un modo tan aislado e incoherente, y sin basarse en lo más profundo del saber, como se manifiesta aquí al presentarlo tan sólo como el objeto de una reflexión posterior. No podría del todo pasarlo por alto, aparte de por la escrupulosidad imprescindible para la totalidad también en consideración a las consecuencias importantes de que aquí van a resultar más adelante en nuestros discursos y que pertenecen por excelencia a lo que sigue a continuación.

La diferencia inmediata y primera de todas, que se presenta a consideración y que se da entre los destinos de los alemanes y de las otras tribus que han resultado del mismo tronco del que proceden los alemanes, radica en que los primeros se quedaron en sus lugares de asentamiento primitivos y los segundos emigraron a otros lugares; los primeros mantuvieron y continuaron desarrollando la lengua originaria del pueblo primitivo y los segundos adoptaron una lengua que poco a poco fue transformando a su manera. Sólo a partir de otras, hay que explicar las que se originaron después, como, por ejemplo, el hecho de que en la patria primitiva se conservase, de acuerdo con las antiguas costumbres germánicas, una federación de estados bajo un caudillaje de poderes limitados, mientras que en los países extranjeros la constitución fue convirtiéndose en monárquica, más bien al estilo romano.

De estos cambios que acabamos de indicar, el cambio del lugar de residencia no tiene mayor importancia. El hombre se

aclimata fácilmente a cualquier latitud, de forma que las características étnicas, lejos de modificarse en razón del lugar de residencia, dominan sobre éste y lo transforman a su manera. Tampoco es muy grande la diferencia de los factores de influencia natural de las regiones habitadas por los germanos. De igual manera debe evitarse atribuir demasiada importancia al hecho de que el linaje germánico se haya mezclado con los habitantes primeros de los pueblos conquistados, pues los vencedores, soberanos y educadores del nuevo pueblo resultante de la mezcla, no eran sino germanos. Además, la mezcla que se produjo en el extranjero con galos, cántabros, etcétera, no fue menor que la que se produjo en la madre patria con eslavos, de forma que hoy no resultaría fácil para ninguno de los pueblos descendientes de los germanos presentar ante los demás una mayor pureza de linaje.

El segundo, en cambio, es decir, el de la lengua, es de mayor importancia y en mi opinión constituye un perfecto contraste entre los alemanes y demás pueblos de origen germánico; desde el principio quiero dejar clara una cosa y es que no se trata de la condición especial de la lengua conservada por esta estirpe, ni de la condición de la otra lengua que se ha aceptado de la otra estirpe, sino solamente de que en un caso se conserva algo propio y en el otro se ha aceptado algo extraño; tampoco se trata del origen primero de quienes continúan hablando una lengua originaria, sino de que esta lengua haya continuado hablándose ininterrumpidamente, porque más forma la lengua a los hombres que los hombres a la lengua.

Para aclarar, en la medida que nos es aquí posible y necesario, las consecuencias de tal diferencia en el surgimiento de los pueblos y la forma concreta del contraste que presentan las características nacionales y que han surgido necesariamente de esta diferencia, me veo obligado a invitarles a considerar la esencia de la lengua.

De manera general la lengua y en particular las designaciones de los objetos que en ella producen los sonidos por medio de los órganos de la fonación no dependen en absoluto de decisiones y acuerdos caprichosos, sino que, ante todo, hay una norma fundamental, según la cual todo concepto se convierte en los órganos de la fonación en un determinado sonido y no en otro distinto. Del mismo modo que en los órganos sensoriales del individuo se reproducen los objetos con una determinada forma, color, etc., así también se reproducen en el órgano del hombre social, en la lengua, con un determinado sonido. No es realmente el hombre quien habla, sino la naturaleza

humana es quien habla en él y se manifiesta a sus semejantes. En consecuencia, podría deducirse de esto que la lengua es única y completamente necesaria.

Lo segundo es que puede que la lengua no le haya surgido al hombre nunca y en ninguna parte como tal en esta su unidad, sino que por doquier la hayan ido formando y transformando las influencias que la zona y el uso más o menos frecuente ejercieron sobre los órganos de la fonación y las que la sucesión de los objetos observados y designados ejercieron sobre la sucesión de las designaciones. Sin embargo, tampoco aquí se produce arbitrariedad o causalidad, sino que se cumple una ley estricta; es necesario que un órgano de fonación así determinado por las condiciones mencionadas surja, no la lengua humana única y pura, sino una desviación de ella y precisamente esta desviación determinada.

Si se llama pueblo a un grupo de hombres que viven juntos, que sufren las mismas influencias externas en su órgano de fonación y que continúan desarrollando su lengua en comunicación permanente, tenemos entonces que decir que la lengua de este pueblo es necesariamente tal y como es, y que propiamente no es este pueblo quien manifiesta su conocimiento, sino que es su propio conocimiento quien se manifiesta a partir de aquél.

Esta ley inherente permanece constante en todos los cambios que resultan de las circunstancias mencionadas que se dan en el desarrollo de la lengua y es la misma para todos los individuos que están en comunicación permanente, y allí donde la novedad pronunciada por cada individuo aislado llega a los oídos de todos. Después de miles de años, y tras todos los cambios que en ellos ha experimentado la manifestación externa de la lengua de este pueblo, sigue siendo esa única fuerza viva de expresión de la naturaleza, que desde el principio tiene que abrirse camino, que siempre se ha abierto paso a través de todos los condicionamientos y que en cada uno de ellos tuvo necesariamente que llegar a ser tal y como fue, que al final de ellos tuvo que ser como actualmente es y después de cierto tiempo será como tendrá que ser. La lengua puramente humana, junto con el órgano fonador del pueblo en el momento en que se produjo su primer sonido y todas las evoluciones que este primer sonido tuvo que sufrir bajo circunstancias dadas, produce como resultado en última instancia la lengua actual del pueblo. Por esto también la lengua continúa siendo siempre la misma lengua. Si bien siempre ocurre que después de algunos siglos los descendientes no entienden la lengua de sus

antepasados, pues los momentos de transición es algo que se ha perdido para ellos, sin embargo, ya desde el principio, se da una evolución permanente sin saltos, imperceptible en el presente, y que se advierte como salto sólo al añadirse nuevas evoluciones. Nunca se ha dado un período de tiempo en que sus contemporáneos hayan dejado de entenderse, pues siempre les ha asistido su eterno mediador e intérprete, la fuerza natural común que se articula en todos ellos. Esto mismo ocurre con la lengua como designación de los objetos que se perciben de manera inmediata por los sentidos y en esto consiste en un principio toda lengua humana. Si ocurre que el pueblo se eleva por encima de esta lengua para percibir lo metafísico, entonces, para que el primer individuo pueda evocarlo a voluntad y evitar la confusión con lo sensible y a los demás les sirva de comunicación y dirección adecuada, lo metafísico no puede ser captado más que designando un individuo como instrumento de un mundo suprasensible que se distinga del individuo instrumento del mundo sensible: un alma, un espíritu o algo así, que se oponga a un cuerpo material. Además, dado que los distintos objetos del mundo suprasensible en conjunto sólo aparecen en ese instrumento suprasensible y sólo existen para él, podrían ser designados tan sólo con decir que la relación específica que mantienen con su instrumento es como la relación que hay entre tales y tales objetos sensibles y su instrumento sensible, y que en esta relación un objeto suprasensible determinado se equipara a un objeto sensible determinado, con lo que esta equiparación, sirviéndose de la lengua, determina su lugar en el instrumento suprasensible. Aquí nada más puede hacer la lengua; produce una imagen sensible de lo suprasensible, advirtiéndole que se trata de tal imagen; quien quiera entrar en el asunto mismo tiene que activar su propio instrumento espiritual de acuerdo con la ley que tal imagen le ha proporcionado. En general es claro que esta denominación simbólica de lo suprasensible tiene que regirse en cada caso según el grado de capacidad cognoscitiva sensible del pueblo en cuestión, y que por eso el comienzo y desarrollo de esta denominación simbólica será muy distinta en cada una de las lenguas, de acuerdo con la diferencia de relación que se ha dado y que continúa dándose entre la formación sensible y espiritual de un pueblo que habla una determinada lengua.

Antes de nada vamos a ilustrar con un ejemplo esta observación, ya de por sí evidente. Algo que de acuerdo con la concepción del impulso elemental explicada en el discurso anterior no es provocado por una sensación vaga, sino por el conoci-

miento evidente, y que es en todo momento un objeto suprasensible, es lo que en griego se denomina «idea», denominación utilizada con frecuencia también en alemán; esta palabra significa exactamente lo mismo que la palabra alemana «Gesicht», como aparece en las siguientes secuencias de la traducción que hizo Lutero de la Biblia: «veréis visiones», «tendréis sueños». Idea o «Gesicht» en sentido material sería algo perceptible solamente por el sentido de la vista y no por ningún otro sentido, como son, por ejemplo, el tacto, o el oído, etc., algo así como el arco iris o las figuras que pasan ante nosotros en los sueños. En sentido suprasensible, y de acuerdo con el ámbito de validez de la palabra, sería algo que no lo percibe el cuerpo, sino el espíritu, como tampoco, al igual que otras cosas, puede percibirlo esa sensación vaga del espíritu, sino su órgano visual, que es el conocimiento evidente. Si además se acepta que la base que tomaron los griegos para esta denominación simbólica radicaba en el arco iris y fenómenos semejantes, habría que reconocer que su reconocimiento sensible tiene que haberse elevado hasta observar la diferencia entre las cosas, en el sentido de que unas se manifiestan a todos o a varios sentidos, mientras que otras solamente al sentido de la vista, y, además, que en el caso de que les hubiese sido claro tendrían que haber designado al concepto desarrollado, no así, sino de otra manera. Después de esto resultaría evidente su superioridad en claridad espiritual frente a otro pueblo al que no le ha sido posible designar la diferencia entre lo sensible y lo suprasensible valiéndose de un símbolo obtenido en un estado consciente de vigilia, sino que ha tenido que valerse del sueño para encontrar una imagen para un mundo distinto; además se vería claro que esta diferencia se funda, no en la mayor o menor capacidad de los pueblos para penetrar en lo suprasensible, sino simplemente en la diferencia de claridad sensible en el momento en que pretenden designar lo suprasensible.

De esta manera, toda denominación de lo suprasensible se rige de acuerdo con el alcance y claridad del conocimiento sensible de la persona que denomina. El símbolo le resulta claro y le manifiesta de manera perfectamente comprensible la relación que hay entre lo comprendido y el órgano espiritual; pues esta relación se le aclara por medio de aquella otra relación viva e inmediata con su órgano sensible. Esta nueva denominación con toda la nueva claridad que el mismo conocimiento sensible obtiene por medio de este uso más amplio del signo, se fija en el lenguaje, y el posible y futuro conocimiento suprasensible será denominado de acuerdo con la relación que él

mantenga con todo el conocimiento sensible y suprasensible fijado en la totalidad de la lengua; así se continúa ininterrumpidamente y nunca se interrumpe la claridad y comprensibilidad inmediata de los símbolos, sino que permanece en constante fluir. Además, como la lengua no interviene de manera arbitraria, sino que irrumpe como fuerza natural inmediata a partir de la vida reflexiva, una lengua que se ha desarrollado ininterrumpidamente de acuerdo con esta ley, tiene incluso la capacidad de intervenir directamente en la vida y de estimularla. De la misma manera que las cosas inmediatamente actuales mueven al hombre, así también las palabras de esta lengua tienen que mover al hombre, que es quien las comprende, pues las palabras son también cosas y no elaboraciones caprichosas. Esto en lo que a lo sensible se refiere. En el campo de lo suprasensible no ocurre otra cosa. Pues aunque, en lo que a esto último toca, la circunspección y reflexión libres interrumpen el desarrollo permanente de la observación de la naturaleza al entrar en juego la figura inimaginable de Dios, sin embargo, la denominación por medio del lenguaje transfiere al instante lo imaginable al contexto fijo de lo simbólico; de este modo, incluso en este aspecto permanece ininterrumpido el desarrollo constante de la lengua, que en un principio surgió como fuerza natural y tampoco aparece arbitrariedad alguna en el fluir de la denominación. Por esta razón, a la parte suprasensible de una lengua que está de esta manera en continuo desarrollo no se le puede escapar esa fuerza vivificadora que ejerce su influencia sobre quien pone en movimiento su instrumento espiritual. Las palabras de una lengua así son vida y crean vida en todas sus partes. Si en relación con el desarrollo de la lengua, en lo que a lo suprasensible se refiere, establecemos la hipótesis de que el pueblo que habla esta lengua ha permanecido en comunicación permanente y que lo que un individuo ha pensado y manifestado ha llegado en seguida a todos, todo lo que hasta ahora se ha dicho de manera general tiene validez para todos los individuos que hablan esta lengua. A los que quieran pensar les resulta evidente el símbolo fijado en la lengua; a quienes de hecho piensan este símbolo les resulta vivo y anima su vida.

Lo mismo ocurre con la lengua que, desde que irrumpió el primer sonido en el mismo pueblo, se ha desarrollado ininterrumpidamente a partir de la vida común real de este pueblo, y en la que nunca ha aparecido un elemento constitutivo que no expresase una idea de este pueblo realmente experimentada ni una idea fuera del contexto omnipresente de todas las demás ideas del mismo pueblo. Incorporad al pueblo originario de

esta lengua cuantos individuos queráis de otro pueblo y de otra lengua; si no se les permite elevar el círculo de sus ideas a la situación de la que a partir de ahora la lengua continúa desarrollándose, mientras no penetren en el ámbito de las ideas del pueblo originario, estos individuos permanecen mudos dentro de la comunidad, y así no son ellos quienes forman la lengua, sino que es la lengua la que los forma a ellos.

Justamente lo contrario de lo dicho hasta ahora ocurre cuando un pueblo abandona su lengua y acepta una lengua extraña y muy desarrollada ya para la denominación suprasensible; pero no de modo que se entregue de una manera completamente libre a la influencia de esta lengua extraña y decida permanecer desprovisto de lengua hasta que consiga penetrar en el ámbito de las ideas de esta lengua extraña, sino de manera que imponga a la lengua su propio ámbito de ideas, hasta el punto de que la lengua tenga que continuar desarrollándose dentro de él a partir de la situación en que ese pueblo la encuentre. Ciertamente este hecho no representa ninguna consecuencia en lo que a la parte sensible de la lengua se refiere. En todos los pueblos los niños tienen que aprender sin más esta parte de la lengua como si se tratara de signos arbitrarios, recuperando de este modo todo el desarrollo anterior de la lengua del país; pero en el ámbito de lo sensible todo signo puede comprenderse perfectamente viendo o tocando directamente lo designado. De esto podría a lo sumo inferirse que la primera generación de un pueblo así, que modifica su lengua, tendría que retroceder a los primeros años de la niñez aun siendo como es adulta; pero con los descendientes y en generaciones futuras volvería todo a su antigua disposición. Por el contrario, este cambio lleva tras de sí consecuencias muy importantes en lo que al ámbito suprasensible de la lengua se refiere. Para quienes están en posesión de ella, esto se ha originado de la forma que hasta ahora hemos descrito, pero para sus futuros conquistadores el símbolo encierra una comparación con la idea sensible que ellos, o bien se han saltado sin la formación espiritual que ella incluye, o bien entonces no la tenían y seguramente nunca podrán tener. Lo más que se puede hacer en este caso es explicarles el símbolo y su significado espiritual, percibiendo de este modo la historia superficial y muerta de una formación extraña y no su propia formación y adquiriendo además símbolos que para ellos no son ni inmediatamente claros ni expresivos, sino que tienen necesariamente que parecerles arbitrarios, lo mismo que la parte sensible de la lengua. Desde el momento en que aparece sin más la historia como

explicación, para ellos la lengua es, en cuanto al círculo completo de su capacidad de simbolización, algo muerto, acabado e interrumpido en su fluir evolutivo permanente; y aunque vuelva a serles otra vez posible desarrollar vivamente esta lengua, a su manera por encima de ese ámbito, en tanto en cuanto les sea posible desde este punto de partida, sin embargo, aquel elemento constitutivo sigue siendo la línea divisoria en que en cualquier caso termina el punto inicial en que surge la lengua como fuerza natural y en que la lengua real vuelve a tomar vida. Aunque el soplo vital pueda aparentemente impulsar a semejante lengua hasta el punto de que parezca que tiene vida, no obstante, en el fondo lo que tiene es un elemento constitutivo muerto, y con la aparición de un nuevo círculo de ideas y la interrupción del anterior se ha separado de la raíz vivificadora.

Vamos a ilustrar con un ejemplo lo que acabamos de decir, haciendo, entre paréntesis, la observación de que una lengua que no se entiende, y que en el fondo no tiene vida, puede fácilmente ser falsada y utilizada para encubrir la perversión humana, cosa que es imposible con una lengua que no ha muerto. Para tal ejemplo me sirvo de tres palabras desacreditadas, a saber, *Humanität*, *Liberalität* y *Popularität*. Estas palabras dichas a un alemán que no conoce ninguna otra lengua le resultan unos sonidos completamente vacíos que no le sugieren nada conocido y que le sacan por completo del ámbito de sus ideas y del de todas las ideas posibles. Pero si ocurre que la palabra desconocida le llama la atención por su sonido extraño, elegante y melódico y piensa que lo que suena tan elevado tiene a su vez que significar algo elevado, no puede por menos de necesitar que le expliquen de antemano su significado, ya que es para él algo totalmente nuevo: él no puede más que creer a ciegas esta explicación de forma que tácitamente se va acostumbrando a reconocer, como realmente existente y digno, algo que si se lo dejasen a su discreción quizá nunca lo hubiese considerado ni siquiera digno de mención. No vayamos a creer que es distinto lo que ocurre con los pueblos neolatinos que pronuncian esas palabras como palabras de su lengua madre. Sin una documentación científica de la antigüedad y de su lengua comprenden las raíces de estas palabras exactamente igual que los alemanes. Si al alemán, por ejemplo, le hubiésemos dicho en vez de la palabra *Humanität* la palabra *Menschlichkeit*, término que hay que utilizar para la traducción literal de *Humanität*, nos hubiese entendido sin necesidad de una ulterior explicación histórica; pero hubiese dicho que no

se es mucho si se es un hombre y no un animal salvaje. Ahora bien, esto lo hubiera dicho el alemán pero nunca un romano, pues *Menschheit* en la lengua del alemán ha sido siempre un concepto sensible y nunca ha llegado a ser, como para los romanos, símbolo de un concepto suprasensible, quizá porque nuestros antepasados observaron las virtudes humanas aisladas y las determinaron simbólicamente en la lengua mucho antes de que se les ocurriera sintetizarlas en un concepto unitario y en contraposición a la naturaleza animal, cosa que en absoluto significa un reproche a nuestros antepasados frente a los romanos. Quien a pesar de todo esto quisiera representar artificialmente en la lengua alemana este símbolo extraño y romano profanaría a todas luces su mentalidad ética, al poner a disposición de los alemanes, como algo superior y digno de alabanza, lo que puede que lo sea en la lengua extranjera, pero que el alemán, de acuerdo con la naturaleza inextirpable de su imaginación nacional, sólo lo entiende como lo conocido que de ninguna manera tiene que ser ratificado. Un examen más minucioso haría tal vez ver que los pueblos germánicos que aceptaron la lengua romana profanaron su ética antigua mediante símbolos inadecuados y extraños; pero no es esta circunstancia precisamente a la que vamos a dar la mayor importancia.

Y si además en vez de las palabras *Popularität* y *Liberalität* se le dijese al alemán las expresiones «búsqueda afanosa del favor de grandes multitudes» y «alejamiento del servilismo», tal como tendríamos que traducir al pie de la letra aquellos términos, ni siquiera se conseguiría de principio la imagen sensible viva y evidente que tuvieron para el romano de la antigüedad. Éste veía todos los días con sus propios ojos la cortesía acomodadiza de los candidatos ambiciosos a la posesión del mundo entero así como la aparición del servilismo, de tal manera que para él esas palabras cobraban vida permanente. Con el cambio de la forma de gobierno y la aparición del Cristianismo, los romanos posteriores dejaron de ver estas escenas y el Cristianismo extranjero, que ni pudo rechazar ni asimilar, hizo que ante sus propios ojos comenzase a morir buena parte de la lengua propia. ¿Cómo iba a transmitirse con vitalidad a un pueblo extranjero una lengua medio muerta en su propia patria? ¿Cómo se nos iba a transmitir ahora a nosotros alemanes? Además, en lo que se refiere al símbolo de lo que de espiritual encierran esas dos expresiones, originariamente ya en la de *Popularität* radica algo malo que se transformó ante los propios ojos debido a la corrupción de la nación y a su constitu-

ción. El alemán nunca caerá en esta tergiversación con tal de que se le ofrezca el término en su propia lengua. A la traducción de *Liberalität* por «falta de espíritu servil en un hombre», o en una nueva ética por «falta de mentalidad de lacayo», contestaría una vez más diciendo que incluso esto sigue significando muy poco.

Pero ocurre que además en estos conceptos que surgieron ya con los romanos en su forma pura en un grado bajo de formación ética, o que directamente ya designaban algo malo, se han introducido de forma subrepticia con el desarrollo de las lenguas neolatinas las connotaciones de «falta de seriedad en cuanto a las condiciones sociales», «degradación personal», «impasibilidad», conceptos que pasaron a la lengua alemana para, mediante el respeto a la antigüedad y al extranjero, en silencio y sin que nadie se entere de qué se trata, dar prestigio también entre nosotros a las cosas que acabamos de citar. Este ha sido desde siempre el objetivo y éxito de toda intromisión: en primer lugar envolver al oyente en la oscuridad e incomprendibilidad a partir de la comprensibilidad y precisión directas que consigo lleva toda lengua originaria; después, dirigirse con la explicación que sea necesaria a la fe ya ciega del oyente; mezclar por fin en esta explicación vicio y virtud de tal manera que no sea asunto fácil separar ambos de nuevo. Si se le hubiese dicho al alemán con sus palabras propias y dentro de su mundo simbólico lo que en realidad tenían que significar aquellas tres palabras extranjeras, si es que de hecho significaban algo, a saber: filantropía, amabilidad y nobleza, seguro que nos habría entendido; y seguro que en aquellas denominaciones nunca se habrían introducido semejantes depravaciones. En el círculo de la lengua alemana el hecho de llevar a la incomprendibilidad u oscuridad se produce solamente, o bien por torpeza, o bien por omisión malintencionada; debe evitarse, y como medio auxiliar siempre se puede recurrir a la traducción a un alemán verdadero y correcto. Pero en las lenguas neolatinas esta incomprendibilidad es natural y originaria, y ningún medio puede evitarla, al no disponer de una lengua viva en que poder verificar la muerta y, siendo exactos, al no tener una lengua madre.

Lo expuesto hasta ahora en estos ejemplos, aplicable fácilmente en todo el ámbito de la lengua, tiene que aclararles a ustedes de la forma que es aquí posible todo lo que hemos venido diciendo. Partamos del aspecto suprasensible de la lengua, no del sensible. Este aspecto suprasensible es simbólico dentro de una lengua que ha permanecido siempre viva, sinte-

tiza en cada paso en completa unidad la totalidad de la vida sensible y suprasensible de la nación plasmada en la lengua para designar un concepto que ha surgido, no de manera arbitraria, sino necesariamente a partir de toda la vida anterior de la nación. A partir de tal concepto y su denominación, una mente sagaz, volviendo hacia atrás, debería poder reconstruir toda la historia formativa de la nación. Pero en una lengua muerta en la que este aspecto sigue siendo el mismo que era cuando aún vivía, éste se convierte por sofocamiento en una colección inconexa de signos arbitrarios e inexplicables y conceptos caprichosos, con los cuales lo único que se puede hacer es aprenderlos.

Con esto se ha cumplido nuestra inmediata tarea de encontrar las características diferenciadoras del alemán frente a los otros pueblos de origen germánico. La diferencia surgió junto con la primera separación del tronco común, y consiste en que el alemán habla una lengua viva hasta sus primitivas emanaciones de la fuerza de la naturaleza, mientras que los otros pueblos germánicos hablan una lengua que se mueve sólo superficialmente, pero que en el fondo es una lengua muerta. Sólo en estas circunstancias de vida y muerte establecemos la diferencia; de ninguna manera entramos en los valores intrínsecos de la lengua alemana. No hay comparación posible entre vida y muerte; la primera tiene frente a la última un valor infinito; por eso todas las comparaciones directas entre la lengua alemana y las neolatinas son completamente inútiles y obligan a hablar de cosas que no merecen la pena. Si hubiese que hablar del valor intrínseco de la lengua alemana, debería entrar en liza una lengua al menos del mismo rango, igualmente originaria, como es el caso de la lengua griega; pero nuestro objetivo actual está muy por debajo de una comparación semejante.

Cuán grande es la influencia que la condición de una lengua puede ejercer sobre el desarrollo humano total de un pueblo, de una lengua que acompaña al individuo hasta lo más recóndito de su pensar y su querer, y limita o impulsa, una lengua que dentro de un país une en un entendimiento común y único a esa gran cantidad de hombres que la hablan, una lengua que es el verdadero punto de confluencia recíproca del mundo físico y del mundo del espíritu y que funde las fronteras de ambos de tal manera que no es posible decir a cuál de los dos pertenece ella misma; y qué distinto es el resultado de esta influencia, allí donde la relación es de vida y de muerte, es algo que, por lo general, puede descubrirse. En primer término ocurre que

el alemán dispone de un medio para penetrar con más profundidad en su lengua viva comparándola con la lengua romana ya concluida, y que se diferencia mucho de la suya en lo que a desarrollo de la simbolización se refiere, así como para comprenderla con mayor exactitud, cosa que no le es posible al neolatino, básicamente prisionero en el ámbito de la misma única lengua; el alemán, al aprender la lengua romana primitiva, hasta cierto punto aprende también al mismo tiempo, las derivadas de ella, y en el caso de que la aprenda más a fondo que el extranjero —cosa que bien pudiera suceder debido a las razones aducidas—, aprende al mismo tiempo a comprender con mayor profundidad la lengua de este extranjero y a usarla con más propiedad que el extranjero que la habla; por eso el alemán con sólo servirse de todas las ventajas de que dispone puede siempre abarcar el autor extranjero, entenderle totalmente e incluso mejor que él mismo y traducirle en toda su extensión; mientras que el extranjero que no ha estudiado laboriosamente la lengua alemana no puede entender nunca al verdadero alemán y dejará sin duda por traducir lo auténticamente alemán. Lo único que se puede aprender del extranjero en estas lenguas son nuevas modas de pronunciación, surgidas la mayoría de las veces por aburrimiento y extravagancia, siendo muy molesto si se transigen tales enseñanzas. En vez de esto lo que habría que mostrarles es cómo deberían hablar de acuerdo con la lengua originaria y sus leyes de transformación, que la nueva moda no sirve para nada y que peca contra las buenas costumbres tradicionales.

Tanto toda una serie de consecuencias en general como estas concretas que acabamos de mencionar surgen, como hemos dicho, por sí solas.

Pero nuestra intención se centra en comprender todas estas consecuencias según su vínculo de unión y su profundidad, a fin de presentar una descripción fundamental del pueblo alemán frente a los demás pueblos de origen germánico. Resumo provisionalmente estas consecuencias: 1) En el pueblo de lengua viva la formación espiritual penetra en la vida; en el caso contrario la formación espiritual y la vida siguen cada cual su camino. 2) Por esta misma razón un pueblo del primer tipo toma muy en serio toda formación espiritual y se esfuerza porque ésta intervenga en la vida, en cambio un pueblo del segundo tipo se toma la formación espiritual como un juego ingenioso del que no espera nada más. Este último tiene espíritu, el primero además de espíritu tiene ánimo. 3) De lo segundo se deduce: el primero es diligente y serio en todas las cosas y ade-

más esforzado, mientras que el último se deja llevar por los caminos de su naturaleza feliz. 4) De todo esto se saca en consecuencia que en una nación del primer tipo la gran masa es educable y los educadores prueban sus descubrimientos en el pueblo y quieren influir en él, mientras que en una nación del segundo tipo los estamentos cultos están separados del pueblo, al que consideran nada más que un instrumento ciego que sirve a sus planes. Una amplia discusión sobre las características aquí expuestas las reservo para la próxima sesión.

Los cuatro últimos discursos han contestado a la siguiente formulación: ¿qué es el alemán en contraposición a otros pueblos de origen germánico? La prueba que ha de aportarse con todo esto al conjunto de nuestro análisis, se completa analizando la siguiente cuestión: ¿qué es un pueblo?, cuestión esta última que es igual a otra y que al mismo tiempo contesta a esta otra pregunta repetidas veces planteada y contestada de muy diversas maneras; se trata de la pregunta: ¿qué es amor a la patria?, o si nos expresamos con mayor exactitud: ¿qué es amor del individuo a su nación?

Si hasta ahora, a lo largo de nuestro análisis, hemos procedido de modo adecuado, de ello tiene que inferirse que sólo el alemán —el hombre originario y no muerto en un estatuto arbitrario— tiene verdaderamente un pueblo y tiene derecho a contar con un pueblo, y que sólo él es capaz del amor verdadero y racional a su nación.

Nos abrimos el camino a la solución del problema planteado, haciendo la siguiente observación que parece salirse en principio del contexto de todo lo dicho hasta ahora.

La religión, como ya señalamos en nuestro tercer discurso, puede elevarnos por encima de todo tiempo y de toda vida presente y material, sin que por ello se haga el menor daño a la justicia, a la moralidad o a la santidad de la vida presa de esta creencia. Puede que uno esté convencido con plena seguridad de que toda nuestra actividad afectiva en esta tierra no va a dejar tras de sí la más pequeña huella ni va a producir el más mínimo fruto, de que lo divino va a ser incluso tergiversado y utilizado como instrumento del mal y de una corrupción ética aún más profunda; sin embargo, se puede continuar con esta actividad, simplemente para mantener la vida divina que irrumpió en nosotros y en relación con un orden superior de cosas en un mundo futuro, en el que no se pierde nada de lo que ocurre en Dios. Así, por ejemplo, los apóstoles y en general los pri-

meros cristianos, por su fe en el cielo, ya en vida, vivían desprendidos por completo de la tierra y todos sus asuntos, abandonaron el estado, patria terrenal y nación, hasta el punto de que ni siquiera los consideraban dignos de ser tenidos ya en cuenta. Aunque sea posible, tan fácil y tan agradable tener que entregarse a la fe cuando es voluntad inquebrantable de Dios, que no tengamos más patria terrena y que seamos parias y esclavos, sin embargo, esto no es el estado natural ni la norma en que se desenvuelve el mundo, sino una rara excepción; es también un uso muy tergiversado de la religión que, entre otros, hizo muy a menudo el Cristianismo, el que ésta, ya desde el principio y sin considerar las circunstancias del momento, intentase recomendar, como auténtico credo religioso, el retraimiento de los asuntos del Estado y de la nación. En tal situación, si la religión es verdadera y real y no ha surgido simplemente de fanatismos religiosos, la vida temporal pierde toda consistencia y se convierte en antesala sin más de la verdadera vida, y en una prueba difícil que sólo se soporta por obediencia y entrega a la voluntad de Dios; en este caso es cierto que, como muchos hicieron ver, los espíritus inmortales han sido inmersos sólo como castigo, en cuerpos terrenales que les han servido de prisión. En cambio, dentro del orden normal de las cosas, la vida terrena debe ser ella misma vida verdadera de la que uno puede alegrarse y disfrutar con gratitud y a la espera, por cierto, de otra vida superior; y aunque es cierto que la religión es también consuelo para el esclavo oprimido injustamente, sin embargo, este sentido religioso consiste ante todo en que uno se oponga a la esclavitud y, hasta el punto que le sea posible, evite que la religión se reduzca a un mero consuelo de los prisioneros. Sin duda al tirano le conviene predicar la sumisión religiosa y remitir al cielo a aquellos a quienes no quiere proveer de un pequeño lugar en la tierra; nosotros no tenemos que darnos tanta prisa en apropiarnos de esta idea de la religión que recomienda el tirano y, en caso de que nos sea posible, hemos de impedir que la tierra se convierta en el infierno para de esta forma suscitar un anhelo tanto mayor del cielo.

La tendencia natural del hombre, a la que sólo debe renunciar en un caso de verdadera necesidad, trata de encontrar el cielo ya aquí en la tierra y diluir lo eternamente duradero dentro de su trabajo terrenal de todos los días; de plantar y cultivar lo imperecedero en lo temporal, no simplemente de una manera incomprensible y conectando con lo eterno a través del abismo infranqueable a los ojos mortales, sino de una manera visible incluso a éstos.

Empecemos con este ejemplo a todos asequible: ¿qué pensador noble no quiere y desea repetir en sus hijos y en los hijos de sus hijos su propia vida mejorada y continuar viviendo ennoblecido y perfeccionado en la vida de sus hijos en esta tierra mucho tiempo después de haber muerto; arrebatarse a la mortalidad el espíritu y también la ética y las costumbres con que quizá durante su vida ahuyentó la corrupción y perversión, afianzando la probidad, desembarazando la pereza, eliminando el desánimo, y depositarlos, como su mejor legado a la posteridad, en los ánimos de los descendientes para que éstos también los vuelvan a depositar a su vez hermosos y acrecentados? ¿Qué pensador no quiere de obra o de pensamiento esparcir una semilla de perfeccionamiento siempre constante de su especie, actualizar algo nuevo y que no ha existido antes, y que esto permanezca en acto y se convierta en la fuente inagotable de nuevas creaciones; pagar su lugar en esta tierra y el corto espacio de tiempo que se le ha otorgado con algo que dure eternamente, de modo que aunque la historia no le mencione como individuo concreto (pues el ansia de fama después de la muerte es vanidad despreciable), sin embargo, deje tras de sí, en su propia conciencia y fe, testimonios de que él ha estado también aquí? He dicho: ¿qué pensador noble no quiere esto? Pero el mundo debe ser considerado y dispuesto de acuerdo con las necesidades de los que así piensan, y éstos deben ser la norma según la cual todos debieran ser, pues sólo por ellos existe un mundo. Son el núcleo del mundo; y los que piensan de otra manera distinta, como tales, son sólo una parte del mundo pasajero, existen, mientras así piensan, por voluntad de los otros, y no tienen más remedio que acomodarse a ellos mientras no se hayan convertido en lo que ellos son.

¿Pues qué sería lo que podría garantizar esta exigencia y esta fe del noble en la eternidad e inmortalidad de su obra? Está claro que sólo un orden de cosas que él pudiera considerar eterno en sí y capaz de acoger dentro de sí lo que es eterno. Pero un orden así no es una naturaleza que se pueda captar conceptualmente, sino que, existiendo realmente, es una naturaleza específica y espiritual del entorno humano del que él mismo ha surgido con todo su pensar y actuar y con su creencia en la inmortalidad del mismo, el pueblo del que procede y en el que se ha formado y desarrollado hasta ser lo que actualmente es. Pues aunque no hay duda de que es verdad que su obra, siempre que con razón pretenda eternidad para ella, no es de ninguna manera el simple resultado de la ley espiritual natural de su

nación ni se limita exclusivamente a este resultado, sino que es un «algo más» que esto, y lo es en tanto en cuanto emana directamente de la vida originaria y divina; no obstante, es también verdad que ese «algo más» ya en su primera conformación en una manifestación visible se adapta a aquella ley natural espiritual y genuina, y sólo de acuerdo con ella se ha formado una manifestación sensible. A la misma ley natural se adaptan también, mientras exista este pueblo, todas las demás manifestaciones de lo divino y en ella tomarán forma. Pero por el hecho de que ha existido y ha actuado como lo ha hecho, esta ley continúa siendo determinada, y su efectividad se ha convertido en elemento integrante de ella. Según esto, todo lo que venga después tendrá también que adaptarse y adherirse a esta ley. De este modo, está seguro de que la formación que se ha conseguido con él continúa en su pueblo mientras éste siga existiendo, y se convierte en el motivo que determina todo ulterior desarrollo del mismo.

Ahora bien, éste es un pueblo en el sentido superior de la palabra y desde el punto de vista de un mundo espiritual: el conjunto total de hombres que conviven en sociedad y que se reproducen natural y espiritualmente de manera continuada, que está sometido en su totalidad a una determinada ley especial del desarrollo de lo divino a partir de él. Lo común de esta ley especial es aquello que en el mundo eterno, y por tanto también en el temporal, une a esta multitud en un todo natural y consciente de sí mismo. Esta ley puede incluso comprenderse totalmente en su contenido tal y como la hemos entendido dentro de los alemanes como un pueblo originario; incluso puede ser comprendida más de cerca en alguna de sus demás peculiaridades, considerando las manifestaciones de tal pueblo; pero conceptualmente nunca puede penetrarla nadie que se encuentre en todo momento influido por ella de manera inconsciente, si bien, por lo general, puede apreciarse claramente que existe tal ley. Esta ley es un más de la simbolización, que cuando se manifiesta se funde directamente con el más de la originariedad asimbólica; de esta manera, en su manifestación ninguno de los dos puede ya volverse a separar. Esta ley determina por completo y consume lo que se ha llamado carácter nacional de un pueblo: aquella ley del desarrollo de lo originario y divino. Con esto último queda claro que hombres que cuadran dentro de lo que hemos descrito como extranjerismo, que no creen en una originariedad ni en un desarrollo continuado de la misma, sino simplemente en un movimiento circular de la vida visible y que, según ellos piensan, se desarro-

llan por razón de su creencia, no forman ningún pueblo en sentido superior, y como de hecho no existen, mucho menos pueden poseer un carácter nacional.

Según esto, la fe del hombre noble en la permanencia eterna de su efectividad también en esta tierra, se basa en la esperanza de la permanencia eterna del pueblo a partir del cual él mismo se ha desarrollado, y en la esperanza de su peculiaridad según aquella ley oculta, sin mezcla ni corrupción de nada extraño ni de algo que no pertenezca al cuerpo total de esta legislación. Esta peculiaridad no es más que lo eterno, a lo cual él confía su propia eternidad y la eternidad de su efectividad, el orden eterno de las cosas en que basa su eternidad; tiene que desear la permanencia, pues ella es para él el único medio liberador con que se amplía en una vida duradera el corto período de su vida aquí en la tierra. Su fe y su afán de sembrar lo imperecedero, el concepto con que comprende su propia vida como vida eterna, son el vínculo que le une íntimamente primero a su nación y, por medio de ella, a toda la humanidad, y que introduce en su corazón ensanchado todos los anhelos de la nación hasta el fin de los días. Éste es su amor a su pueblo, ante todo el respetarle, confiar en él, alegrarse por él, sentirse honrado por tener su origen en él. En él ha hecho aparición lo divino, y lo originario le ha dignificado al convertirlo en su tegumento y en el medio directo para diluirse en el mundo; por ello, más adelante surgirá de él algo divino. Luego actúa y ejerce su influencia sacrificándose por ello. La vida, simplemente como vida, como continuación del ser cambiante —sin esto no ha tenido nunca para él ningún valor— sólo la ha querido como fuente de lo duradero; pero esta duración sólo se la garantiza la continuidad independiente de su nación; para salvarla tiene él incluso que querer morir para que ésta viva y él viva en ella la única vida que ha deseado desde siempre.

Así es. El amor que verdadero amor y no simplemente una concupiscencia pasajera, nunca se adhiere a lo transitorio, sino que se despierta, inflama y reposa tan sólo en lo eterno. Ni siquiera el hombre puede amarse a sí mismo a no ser que se entienda como algo eterno; además, tampoco es capaz de respetarse ni de reconocerse. Mucho menos puede amar nada fuera de él, a no ser aceptándolo dentro de la eternidad de su fe y de su ánimo y uniéndolo a ellos. Quien ante todo no se considera eterno, no posee en absoluto amor alguno ni puede tampoco amar a una patria, pues una cosa así no existe para él. Quien considera eterna su vida invisible y no así su vida visible, puede que posea un cielo y dentro de éste su patria, pero no

tiene ninguna patria en esta tierra, pues incluso esto lo ve bajo la imagen de la eternidad y ciertamente de la eternidad visible y sensible, con lo que, en consecuencia, tampoco puede amar a su patria. Por ello hay que compadecer a un hombre al que, como a éste, no se le haya legado una patria; a quien se le ha transmitido una patria y aquel en cuyo ánimo penetran cielo y tierra, lo visible y lo invisible, creando de este modo un cielo verdadero y sólido, ése lucha hasta la última gota de su sangre para, a su vez, transmitir íntegramente a sus descendientes la propiedad querida.

Así ha sido desde siempre, aunque no se haya expresado desde siempre con esta universalidad y evidencia. ¿Qué era lo que entusiasmaba a los nobles romanos a hacer esfuerzos y sacrificios, a resignarse y a sufrir por la patria, a aquellos nobles, cuyas convicciones y mentalidad aún viven y respiran entre nosotros en los monumentos que nos han legado? Ellos mismos lo manifiestan a menudo y de manera clara. Fue una fe firme en la permanencia eterna de su Roma y una esperanza segura de continuar viviendo eternamente en esta eternidad dentro del tiempo. Ésta tampoco les engañó en cuanto a su fundamento real, y ellos mismos la habrían comprendido si hubiesen llegado a tener plena conciencia de ello. Todavía perdura entre nosotros lo que era realmente eterno en su eterna Roma, y Roma perdura con ello y perdurará en sus consecuencias hasta el fin de los días.

Pueblo y patria en este sentido, como portadores y garantía de la eternidad terrena y como aquello que puede ser eterno aquí en la tierra, son algo que está por encima del Estado en el sentido habitual de la palabra; están por encima del orden social tal y como se entiende en un concepto simple y claro y se establece y conserva de acuerdo con este concepto. El Estado quiere una cierta justicia y una paz interna, quiere que cada individuo encuentre con su trabajo el alimento y la prolongación de su existencia física mientras Dios quiera conservársela. Todo esto es sólo medio, condición y estructura de aquello que realmente quiere el amor a la patria, del florecimiento aquí, en el mundo, de lo eterno y de lo divino, cada vez más puro, más perfecto y más adecuado dentro del desarrollo infinito. Precisamente por esto, este amor a la patria tiene incluso que regir al Estado como autoridad primerísima, última e independiente, al limitarle a la hora de elegir los medios para su objetivo inmediato, la paz interna. Para este objetivo hay que limitar sin más la libertad natural del individuo de varias formas, y si no se tuviese ninguna intención ni meta aparte de

ésta, se haría bien en continuar limitándola lo más posible, sometiendo sus emociones a una norma uniforme y manteniéndolas bajo vigilancia permanente. Aun en el supuesto de que este rigor no fuese necesario, al menos no dañaría su único objetivo. Sólo una concepción superior del género humano y de los pueblos rebasa este cálculo limitado. La libertad, incluso en las emociones de la vida exterior, es la tierra en que germina la formación superior; una legislación que la tenga en cuenta le dejará a la primera un ámbito lo más amplio posible, incluso, con el riesgo de que no se llegue a un grado muy elevado de tranquilidad y quietud uniformes y de que el gobernar se convierta en tarea un poco más difícil y trabajosa.

Para explicar esto con un ejemplo: se sabe que a algunas naciones se les ha dicho claramente que no tenían necesidad de tanta libertad como, por ejemplo, otras. Esta frase puede incluso ser benigna y suave si con ella simplemente se quiere decir que no podrían soportar tanta libertad y que sólo un alto grado de rigor podría evitar que se aniquilasen entre sí. Pero si se toman las palabras tal y como se han dicho, son ciertas a condición de que tal noción sea completamente incapaz de vida originaria y del impulso hacia ella. Una nación así, si es que pudiera existir, en la que sólo unos pocos nobles no constituirían tampoco una excepción a la regla, no necesitaría de hecho libertad alguna, pues ésta está determinada para objetivos más elevados y que sobrepasan al Estado; necesita simplemente domesticación y adiestramiento para que los individuos coexistan en paz y para que la totalidad esté preparada para ser medio eficaz para objetivos que escapan a su alcance y que le han sido propuestos a capricho. Aquí no vamos a decidir si a una nación puede decirse esto con verdad; lo que sí está claro es que un pueblo originario necesita libertad, que la libertad es garantía de su persistencia como originario y que en su subsistencia soporta sin peligro alguno un grado cada vez más elevado de ella. Esto constituye la primera parte con respecto a la cual el amor a la patria debe gobernar al mismo Estado.

Además, el amor a la patria tiene que ser quien gobierne al Estado en el sentido de proponerle incluso una meta superior a la común del mantenimiento de la paz interna, de la propiedad, de la libertad personal, de la vida y del bienestar de todos. Solamente para este objetivo superior, y no con ninguna otra intención, el Estado reúne una fuerza armada. Cuando se habla de su utilización, cuando se trata de arriesgar todos los objetivos meramente conceptuales del Estado, como son, propiedad, libertad personal, vida y bienestar, e incluso la subsisten-

cia del Estado, sin una idea clara de la segura consecución de la meta propuesta, cosa que en asuntos de este tipo nunca es posible, cuando se trata de decidir de manera originaria y responsable ante Dios, entonces en el timón del Estado vive una vida verdaderamente originaria y primera y es aquí donde aparecen los verdaderos derechos de majestad del gobierno de aventurar, al igual que Dios, la vida inferior en razón de la superior. En el mantenimiento de la constitución heredada, de las leyes, del bienestar del ciudadano, no hay una vida verdaderamente auténtica ni una decisión originaria. Estas leyes las han creado unas circunstancias y situaciones y unos legisladores que tal vez hace tiempo que han muerto ya; las épocas posteriores continúan con fidelidad por el camino trazado y no viven de hecho una vida pública propia, sino que solamente repiten una vida ya pasada. En tales épocas no se necesita de auténtico gobierno. Pero cuando pelagra esta continuidad regular y se trata de decidir sobre casos nuevos que nunca se han dado antes, entonces se necesita una vida que viva por sí misma. ¿A qué espíritu podría ponerse al timón en tales casos, que fuese capaz de decidir con seguridad y certeza propias y sin continuas vacilaciones turbulentas, que tuviese el derecho innegable a detentar el poder, quiéralo o no, incluso él mismo, ante cualquiera que pudiera presentarse y obligar a quien se resista a poner en peligro todo, hasta la misma vida? No el espíritu del sereno amor cívico a la constitución y a las leyes, sino la llama ardiente del amor superior a la patria que entiende la nación como envolvente de lo eterno y al que el noble se entrega con alegría y al que el no noble, que sólo está ahí por amor al primero, debe entregarse quiera o no. No es aquel amor cívico a la constitución; éste no es capaz de ello si es que es razonable. Ocurra lo que ocurra, como no se gobierna por gobernar, siempre encontrará para sí un gobernante. Dejad que el nuevo gobernante quiera incluso la esclavitud (¿dónde está la esclavitud sino en el desprecio y en la opresión a la peculiaridad de un pueblo originario, peculiaridad que no existe para esa mentalidad?), dejadle que quiera incluso la esclavitud (pues de la vida de los esclavos, de su gran cantidad, incluso de su bienestar puede sacarse provecho), pues si sabe calcular medianamente, bajo él será soportable la esclavitud. Al menos encontrarán siempre vida y sustento. ¿Para qué tendrían que luchar entonces? Después de estas dos cosas lo que más les importa es la tranquilidad. A ésta sólo la perturba la lucha continuada. Se servirán de todos sus medios para que termine pronto, se resignarán y cederán, ¿por qué no habrían

de hacerlo? Nunca han tenido otra cosa por la que actuar, ni han esperado de la vida nada más que la continuación de la costumbre de existir bajo condiciones soportables. La promesa de una vida que, incluso aquí en la tierra, vaya más allá de la vida terrena es lo que puede animarles hasta a morir por la patria.

Así ha sido hasta ahora. Donde realmente se ha gobernado, donde se han superado serias luchas, donde se ha salido victorioso contra una resistencia fuerte, allí ha estado esa promesa de vida eterna, que ha sido quien ha gobernado, luchado y vencido. Con la fe en esta promesa lucharon aquellos protestantes alemanes de quienes hemos hablado en estos discursos. ¿Es que no sabían que con la antigua fe era posible también gobernar a las gentes y mantenerlas unidas dentro de un orden justo y que con esta fe se podía también encontrar un buen sustento? ¿Por qué sus príncipes decidieron la resistencia armada y por qué los pueblos la llevaron a cabo con entusiasmo? El cielo y la salvación fueron la causa del derramamiento voluntario de su sangre. ¿Qué fuerza terrenal iba a haber podido penetrar en el templo de su ánimo y arrebatar la fe que una vez había crecido en ellos y en la que únicamente basaban la esperanza de salvación? Tampoco era la propia salvación aquello por lo que luchaban; de ésta ya estaban seguros; luchaban por la salvación de los hijos, de los nietos todavía no nacidos y de toda su descendencia aún por nacer; también éstos debían ser educados en la misma doctrina que a ellos les había parecido la única salvadora, también éstos debían participar de la salvación que había comenzado para ellos; sólo esta esperanza era la que el enemigo ponía en peligro y por ella, por un orden de cosas que tenía que florecer sobre sus tumbas mucho tiempo después de su muerte, derramaron con esta alegría su sangre. Admitamos que ellos mismos no veían del todo claro que se estaban equivocando al designar con palabras lo más noble que había en ellos y que con su boca hicieron injusticia a su corazón; reconocamos gustosamente que su confesión de fe no era el medio único y exclusivo para formar parte del cielo después de la muerte; a pesar de todo, sigue siendo verdad para siempre que, con su entrega, para la vida toda de la posteridad, ha llegado más cielo a este lado de la tumba, desde la tierra se han levantado miradas más alegres y valientes, los espíritus se sienten estimulados con más libertad y, tanto los descendientes de sus enemigos como nosotros, sus descendientes, saboreamos hasta hoy los frutos de sus esfuerzos.

Con esta creencia nuestros antepasados comunes más antiguos, el pueblo originario de la nueva formación cultural, los

alemanes llamados germanos por los romanos, se enfrentaron valientemente al dominio imperioso del mundo romano. ¿Es que no veían ante los propios ojos mayor esplendor en las provincias romanas vecinas, goces más refinados, leyes, tribunales de justicia, fasces y hachas hasta la saciedad? ¿Es que no estaban los romanos lo suficientemente dispuestos a que ellos participaran de todos estos beneficios? ¿Es que no se dieron cuenta de que muchos de sus príncipes declararon que la guerra contra tales benefactores de la humanidad era considerada rebelión, ni experimentaron pruebas de la elogiada clemencia romana cuando engalanaban a los sumisos con títulos reales, con puestos de mando en sus ejércitos, con distintivos sagrados romanos, de que concedieron asilo y sustento en sus colonias a quienes los compatriotas habían expulsado? ¿Es que no entendieron las ventajas de la formación romana, por ejemplo, de la mejor organización de sus ejércitos en los que incluso Arminio no rehusó aprender el oficio guerrero? No se les puede culpar de que desconociesen o no viesan todo esto. Incluso los descendientes se apropiaron de su cultura tan pronto como pudieron hacerlo sin perder la libertad y la propia peculiaridad. ¿Por qué lucharon a lo largo de generaciones en guerras sangrientas y continuamente renovadas con la misma violencia? Un escritor romano lo expresa por boca de sus caudillos: «¿Les queda alguna otra cosa que no sea mantener la libertad o morir antes de convertirse en esclavos?» Para ellos libertad consistía en continuar siendo alemanes, en continuar decidiendo sus asuntos de manera independiente y originaria de acuerdo con su propio espíritu, y de acuerdo con este espíritu también avanzar en su progreso y transmitir la autonomía a su descendencia; esclavitud llamaron a todos aquellos beneficios que los romanos les traían, pues con ellos se veían obligados a ser otra cosa que no era alemana, a convertirse en medio romanos. Evidentemente suponían que cualquiera, antes de convertirse en esto, preferiría morir y que un auténtico alemán sólo querría vivir simplemente para ser y continuar siendo alemán y formar a los suyos para ser lo mismo.

No todos han muerto, ellos no han visto la esclavitud, han dejado tras de sí la libertad para sus hijos. El mundo moderno agradece a su insistente oposición el que exista tal y como existe. Si los romanos hubiesen conseguido también someterlos y, como hacían por todas partes, eliminarlos como tal nación, todo el desarrollo permanente de la Humanidad hubiese tomado un rumbo distinto y no ha de creerse que más agradable. A ellos les debemos nosotros, herederos directos de su tierra, de

su lengua y de sus ideales, el que aún seamos alemanes, el que la corriente de la vida originaria y autónoma siga sosteniéndose; a ellos les debemos todo lo que hemos sido como nación desde entonces; a ellos, en el caso de que no se termine todo esto con nosotros ni se agote en nuestras venas la última gota de sangre que de ellos llevamos, deberemos agradecer lo que aún hemos de ser. A ellos les deben incluso la existencia los otros pueblos, nuestros hermanos en ellos, convertidos ahora en extranjeros; cuando aquéllos vencieron a la eterna Roma, aún no existía ninguno de todos estos pueblos; con la lucha se consiguió entonces para éstos la posibilidad de su futuro surgimiento.

Éstos y todos los demás, que como ellos en la historia del mundo han participado de semejante sentido, han triunfado porque les entusiasmaba lo eterno; y este entusiasmo triunfa en todo momento y necesariamente sobre quien no siente entusiasmo. No es la fuerza de los brazos ni la habilidad de las armas quien obtiene la victoria, sino la fuerza del ánimo. Quien para sus esfuerzos propone un objetivo limitado y no desea arriesgarse más que hasta un determinado punto, deja de resistir tan pronto como llega a este punto que no se puede eliminar y del que no se puede carecer. Quien no se ha propuesto una meta, sino que arriesga todo y lo más grande que se puede perder en la tierra, la vida, nunca cede, y triunfa sin duda toda vez que el enemigo contra quien lucha se ha fijado una meta limitada. Un pueblo que es capaz, aunque sólo sea en sus más altos representantes y dirigentes, de tener presente el semblante del mundo espiritual, la autonomía, y de sentirse poseído como los más antiguos de nuestros antepasados por el amor hacia ello, triunfa seguramente sobre otro que sólo es utilizado como instrumento de un despotismo extraño y para sumisión de pueblos autónomos, tal y como ocurrió con los ejércitos romanos; pues los primeros pueden perderlo todo, mientras que estos últimos poco pueden ganar. Cualquiera puede triunfar sobre la mentalidad que ve la guerra como un juego de azar por una ganancia o pérdida temporal y en la que, antes de comenzar el juego, fija ya la suma que quiere poner sobre las cartas. Piensen ustedes, por ejemplo, en un Mahoma, no en el Mahoma real de la historia acerca del cual reconozco no tener un criterio, sino en el de un poeta francés, que se ha empeñado en ser una de las naturalezas no comunes llamadas a dirigir al pueblo vulgar y bajo de la tierra, y al que, de acuerdo con este supuesto, todas sus ocurrencias, por muy insuficientes y limitadas que de hecho sean, como suyas propias tienen que pare-

cerle necesariamente ideas grandes, excelsas y sublimes y todo lo que a él se oponga, pueblo vulgar y bajo, enemigo de su propio bien, malintencionado y odioso; ahora bien, para justificar ante sí mismo su presunción como llamada divina y completamente imbuido en toda su vida con esta idea, en ello tiene que arriesgarlo todo y no puede descansar hasta no haber aplastado a todo el que no piense de él como él piensa de sí mismo y hasta que no se refleje en todos sus contemporáneos la propia creencia en su misión divina; no me aventuro a decir lo que ocurriría si con él entablase realmente batalla una idea espiritual que exista verdaderamente y que sea clara en sí misma; seguro que, quien la poseyese, ganaría a aquellos jugadores de azar de cortas luces, pues arriesga todo contra alguien que no arriesga todo; a éstos no es el espíritu lo que les mueve; a él sí le mueve el espíritu, si bien fanático, el espíritu de su presunción firme y sólida.

De todo esto se deduce que el Estado, como mero gobierno de la vida humana que se desarrolla en el regular camino de la paz, no es algo primero y existente para sí, sino que es simplemente el medio para el objetivo superior de la educación, que avanza eternamente y con regularidad, de lo puramente humano de esta nación; que sólo la visión y amor a esta formación eterna es quien debe dirigir en todo momento, incluso en épocas de paz, la fuerte vigilancia sobre la administración del Estado y es sólo ella quien puede salvar la independencia del pueblo cuando se encuentra en peligro. Entre los alemanes, en los que como pueblo originario fue posible este amor a la patria, y en los que, según creemos saber, ha existido realmente, hasta ahora ese amor ha podido confiar en la seguridad de sus asuntos más importantes. Al igual que ocurrió con los antiguos griegos, el Estado y la nación estaban incluso separados, representándose cada cual a sí mismo, el primero en los reinos y principados alemanes, la última, visible en la federación imperial, invisible no por razón de un derecho fijado por escrito, sino de un derecho vivo y vigente en los ánimos de todos y que en sus consecuencias saltaba a la vista por todas partes en muchas costumbres e instituciones. Quien había nacido dentro del ámbito de la lengua alemana era considerado ciudadano por partida doble; por una parte, era ciudadano del Estado en que había nacido, a cuya protección era encomendado; por otra, era ciudadano de toda la patria común de la nación alemana. A cada cual le estaba permitido buscarse por todo el territorio de esta patria la formación más afín a su espíritu o el campo de acción más adecuado al mismo, de forma que el talento

no crecía en su lugar como un árbol, sino que le estaba permitido buscarlo. Quien, debido al rumbo que tomaba su formación, rompía con su entorno inmediato, encontraba con facilidad buena acogida en otra parte, encontraba nuevos amigos que sustituían a los que había perdido, encontraba tiempo y tranquilidad para explicarse más claramente, ganarse incluso y reconciliar a los enfadados y, de este modo, unificar el todo. Nunca un príncipe alemán ha podido acotar para sus súbditos las fronteras de su patria dentro de las montañas y ríos en que gobernaba ni considerarlos siervos de la gleba. Una verdad que no estaba permitido manifestar en un lugar, lo estaba en otro, donde quizá por el contrario estaban prohibidas otras que allí se permitían; de este modo, a pesar de contadas parcialidades y mezquindades en estados concretos, en Alemania, sin embargo, considerada como un todo, se dio el más alto grado de libertad de investigación y de comunicación que jamás haya poseído un pueblo; la formación superior fue y siguió siendo en todas partes el resultado de la acción recíproca de los ciudadanos de todos los estados alemanes y en esta forma fue descendiendo paulatinamente hasta la gran masa popular que, por lo general, siguió siempre autoeducándose. Esta garantía básica de la continuidad de una nación alemana no fue limitada, como hemos dicho, por ningún espíritu alemán que hubiese accedido al timón del gobierno; y aunque en relación con otras decisiones fundamentales no siempre ocurriese lo que el sublime amor alemán a la patria hubiese deseado, al menos no se ha obrado directamente en contra de sus intereses; no se ha buscado enterrar ese amor, exterminarlo, ni poner en su lugar otro amor contrario.

Pero, ahora bien, si la dirección originaria tanto de la formación superior como del poder nacional que como objetivo sólo está permitido utilizar para aquélla y su continuidad, y si la utilización tanto de lo bueno que hay en los alemanes como de su sangre tuviese que pasar del dominio del espíritu alemán a otro distinto, ¿qué tendría que ocurrir necesariamente?

Éste es el momento en que se necesita de manera especial de la disposición que reclamábamos en el primer discurso para no engañarse en los propios asuntos y del valor de querer ver la verdad y de reconocerla; por lo que yo sé, sigue estando permitido conversar sobre la patria en lengua alemana, al menos lamentarse sobre ella; y creo que no haríamos bien si por iniciativa nuestra adelantáramos esa prohibición, poniendo de esta forma al coraje de los que sin duda han calculado el riesgo las cadenas de la pusilanimidad de algunos.

Imagínense ustedes el supuesto nuevo poder tan benigno y benevolente como ustedes quieran; háganlo tan bueno como Dios, ¿podrán ustedes también proporcionarle inteligencia divina? Puede que quiera seriamente la mayor dicha y bienestar para todos, pero ¿lo que él entiende por mayor bienestar será, quizá, también bienestar alemán? Espero que ustedes me hayan entendido muy bien en lo que respecta al punto principal que les he expuesto; espero que algunos de ustedes hayan pensado y sentido que no hago más que expresarme con claridad y digo con palabras lo que siempre ha estado en su corazón; espero que ocurra lo mismo con los demás alemanes que puedan alguna vez leer esto; incluso ya algunos alemanes han dicho más o menos esto antes que yo; aquella mentalidad era la base oculta de la cada vez más atestiguada oposición a una organización y cálculo meramente mecánicos del Estado. Y ahora pido a los que están familiarizados con los nuevos escritos extranjeros que me demuestren qué sabio moderno, qué poeta o qué legislador de los mismos ha revelado alguna vez una visión semejante que considere al género humano algo en eterno progreso y que todo movimiento en el tiempo lo refiera al mismo; que me demuestren si alguien, incluso en la época en que con mayor intrepidez se elevaron a creaciones políticas, ha exigido del Estado algo que no fuera igualdad, paz interior, gloria nacional en el exterior y, en lo que más se insistía, felicidad familiar. Si, como hay que concluir a partir de todos estos indicios, era ésta su meta más elevada, no nos atribuirán necesidades ni exigencias superiores, y, dada por supuesta aquella buena intención hacia nosotros, la ausencia de todo interés personal y todo afán de querer ser más que nosotros, creerán habernos atendido adecuadamente una vez que encontremos lo que ellos conocen como únicamente apetecible; pero aquello que hace que el más noble quiera vivir sólo entre nosotros ha sido extirpado de la vida pública, y el pueblo, que siempre se ha mostrado sensible a los estímulos del más noble y del que se podía esperar que en su mayoría se elevase hasta aquella nobleza, cuando se le trata como aquéllos quieren ser tratados, se le humilla y elimina del orden de las cosas, al converger en uno de categoría inferior.

Aquel en quien aún permanecen vigorosas y vitales aquellas exigencias superiores para la vida, además del sentimiento de su derecho divino, ése se siente remitido con profunda indignación a aquellos primeros tiempos del Cristianismo en que se dijo: «No debéis oponeros al mal, antes bien, si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, ofrécele también la otra, y

si alguien quiere quitarte la túnica, dale también el manto»; esto último con razón, pues mientras ve que llevas puesto un manto, busca negociar contigo para quitártelo; una vez que estás completamente desnudo, escapas a su atención y puedes estar tranquilo ante él. Precisamente su sentido superior, que es lo que le honra, le convierte la tierra en infierno y asco; desea no haber nacido, desea que sus ojos cuanto antes mejor se cierren a la luz del día, una tristeza insuperable llena los días de su vida; a aquello que él ama no puede desearle otra cosa mejor que el don de un sentido oscuro y modesto para que se enfrente con menos dolor a una vida eterna más allá de la tumba.

Estos discursos vienen a traerles a ustedes el único medio que aún queda, después de haber utilizado en vano los otros, para impedir la aniquilación de toda emoción noble que brote entre nosotros con proyección al futuro y este hundimiento de nuestra nación. Vienen a proponerles fundamentar profunda e indismoriblemente en todos los ánimos por medio de la educación, el amor auténtico y todopoderoso a la patria, entendiendo a nuestro pueblo como pueblo eterno, como ciudadanos de nuestra propia eternidad. En los próximos discursos hemos de ver qué educación es capaz de esto y de qué forma.

Los discursos que aquí concluyo han sido dirigidos ciertamente, en primer lugar, de palabra a ustedes, pero han tenido en cuenta a toda la nación alemana; han tenido la intención de reunir en torno a sí, en el espacio en que ustedes se encuentran, a todo aquel que en el ámbito que abarca la lengua alemana sea capaz de comprenderlos. Si hubiese yo conseguido prender en cualquiera de los corazones que aquí han latido una chispa que continúe ardiendo y prenda en la vida, no es mi intención que aquéllos permanezcan solos y aislados, sino que mi deseo sería recoger para ellos, a través de todo el suelo patrio, opiniones y decisiones semejantes y unirlos a las suyas, de tal manera que, partiendo de ese punto central, se encienda y extienda por todo el suelo nacional hasta sus fronteras más alejadas la única llama de patriotismo que arda perennemente y sin interrupción. No han sido determinados para esta época como pasatiempo de oídos y ojos ociosos, sino que yo quiero saber por fin y de una vez, y todo el que piense igual debe saberlo conmigo, si existe algo también fuera de nosotros que esté emparentado con nuestro modo de pensar. Todo alemán que todavía crea ser miembro de una nación a la que considera grande y noble, que confía en ella, que por ella sufre, se arriesga y padece, debe ser sacado de una vez de la inseguridad de su creencia; debe ver con claridad si tiene razón o si es solamente un loco y un visionario; desde ahora debe, o bien continuar su camino con conciencia segura y alegre, o bien renunciar con determinación enérgica a una patria en este mundo y conformarse únicamente con la celestial. A ustedes no como a esta o aquella persona de nuestra vida cotidiana y limitada, sino como a representantes de la nación, y por medio de sus oídos, a la nación entera hacen estos discursos el siguiente llamamiento:

Hace ya muchos siglos que no habéis sido convocados como hoy, en tan gran número, como nación y como alemanes,

para un asunto tan importante, tan urgente y común. Tampoco se os volverá a presentar algo semejante. Si ahora no prestáis atención y reflexionáis, si dejáis pasar estos discursos como un vacío zumbido de oídos, o como un monstruo fantástico, ningún ser humano volverá a contar nunca más con vosotros. ¡Oíd por fin, reflexionad de una vez! No os mováis esta vez de vuestro sitio sin haber tomado una decisión firme; y todo el que oiga esta voz tome esta decisión por sí mismo, igual que si estuviese él solo y él solo tuviese que hacerlo todo. Si hay de verdad muchos individuos que piensan así, pronto habrá un gran todo que confluirá en una fuerza única y aglutinante. Si, por el contrario, cada uno, excluyéndose a sí mismo, se limita a esperar a los demás y deja la cuestión a los otros, no habrá más otros, y todos juntos continuarán igual que estaban antes. ¡Tomad esta decisión aquí mismo! No digáis que se os deje descansar un poco, dormir y soñar hasta que la mejora se produzca por sí sola. Nunca volverá por sí misma. Quien después de haber dejado pasar el ayer —que hubiese sido más cómodo para la reflexión—, tampoco hoy puede querer, mucho menos podrá mañana. Toda demora nos hace todavía más perezosos y nos adormece cada vez más profundamente en la apacible costumbre de nuestro mísero estado. Tampoco los estímulos externos que nos incitan a la reflexión podrán ser nunca más fuertes y más urgentes. Aquel a quien no le estimule el momento presente, con seguridad ha perdido todo sentimiento. Habéis sido convocados para tomar una decisión, una determinación firme y última, en modo alguno para una orden, un encargo, para exigir a los demás, sino para exigirlos a vosotros mismos. Debéis tomar una decisión que solamente cada uno por sí mismo y en su propia persona puede llevar a la práctica. Aquí no basta ese proponerse ociosamente, ese querer alguna vez, ese contentarse apático al que uno se resigna esperando que alguna vez las cosas mejoren por sí mismas; aquí se os exige una decisión que sea al mismo tiempo vida inmediata y acto interno, que continúe sin titubear ni enfriarse y se imponga hasta llegar a la meta.

¿O es que quizás ha sido arrancada por completo y ha desaparecido de vosotros la única raíz de la cual podría crecer esa decisión que ha de intervenir en la vida? ¿Es que realmente todo vuestro ser se ha diluido y desvanecido en una sombra vacía, sin savia ni sangre ni fuerza impulsora propia, y en un sueño en el que se producen visiones multicolores que se entrecruzan activamente mientras el cuerpo permanece inerte y rígido? Ya hace tiempo que se ha dicho claramente a la épo-

ca y se le ha repetido de todas las maneras que, más o menos, así se opina de ella. Sus portavoces han creído que con ello sólo se pretende difamar y se han considerado invitados a devolver por su parte las difamaciones, para que, de este modo, la cosa volviese a su orden natural. Por lo demás, no se ha notado la más mínima transformación ni mejora. Si lo habéis oído, si ha podido indignaros, demostrad entonces ahora con vuestros actos a aquellos que así piensan de vosotros que han mentido: mostraos a los ojos de todo el mundo de otra manera y así quedará probada ante el mundo entero su falsedad. Quizás han hablado tan duramente de vosotros precisamente con la intención de que les contradijerais y porque dudaban de cualquier otro medio para irritaros. ¡Cuánta mejor intención habrían tenido para con vosotros éstos y no aquéllos que os adulan para que os mantengáis en la calma indolente y la irreflexión más absoluta!

Por muy débiles y endebles que podáis ser, la reflexión clara y tranquila se os ha hecho en esta época tan fácil como nunca lo fue antes. Lo que realmente nos precipitó en la confusión sobre nuestra situación, en nuestra irreflexión y en nuestro ciego dejar pasar, fue la dulce satisfacción con nosotros mismos y nuestra forma de existir. Hasta aquí habían llegado las cosas y así continuaron; a quien nos invitaba a reflexionar, en vez de refutarle, le mostrábamos triunfalmente nuestra existencia y subsistencia que discurrían sin ninguna reflexión por nuestra parte. En realidad todo funcionaba sencillamente porque no se nos puso a prueba. Desde entonces hemos pasado por ella. ¿Es que desde entonces se han derrumbado todos los engaños, las falsas apariencias, el falso consuelo que tanta desorientación habían causado entre nosotros? ¿Han desaparecido los prejuicios natos, que sin proceder concretamente de aquí o de allá, se extendían como una niebla natural sobre todas las cosas envolviéndolas en el mismo crepúsculo? Ese crepúsculo que ya no ciega nuestros ojos, pero que tampoco puede servirnos por más tiempo de disculpa. Ahora estamos aquí, puros, vacíos, desnudos de toda envoltura y de abrigos extraños, estamos, sencillamente, tal y como somos. Ahora hay que mostrar lo que este «yo» es o no es.

Podría levantarse alguno de vosotros y preguntarme: ¿qué es lo que te da a ti precisamente, el único entre todos los hombres y escritores alemanes, el encargo especial, la función y el privilegio de reunirnos e instarnos a actuar? ¿No tendría el mismo derecho a ello que tú cada uno de los miles de escritores de Alemania, de entre los que ninguno lo hace y solamente

tú te destacas? A eso respondo diciendo que, efectivamente, todos habrían tenido el mismo derecho que yo, y que si yo lo hago es precisamente porque ninguno de ellos lo ha hecho antes que yo, y que me habría callado si otro lo hubiese hecho. Éste era el primer paso hacia la meta de una mejora radical; alguien tenía que darlo. Yo fui el primero que lo comprendió vivamente, por eso fui el primero que lo hice. Después de este paso otro será el segundo; todos tienen ahora el mismo derecho a darlo; pero darlo de verdad, una vez más, será uno solo quien lo dé. Siempre tiene que ser uno el primero, y el que pueda serlo que lo sea.

Sin preocuparos por estas circunstancias, deteneos por un momento a considerar —a ello ya os habíamos llevado antes— en qué envidiable estado se encontraría Alemania y el mundo, si la primera hubiese sabido aprovechar la fortuna de su situación y reconocer su ventaja. Fijad vuestra mirada en lo que ambos son ahora y dejaos traspasar por la indignación y el dolor que debe conmover ahora a toda persona noble. Recogeos después en vosotros mismos y ved que sois vosotros los que liberaréis a la época de los errores del pasado, de cuyos ojos ésta quiere retirar la niebla si se lo permitís; que se os concede, como a ninguna otra generación anterior a vosotros, deshacer lo ya hecho y eliminar del libro de la historia de los alemanes un período de tiempo tan poco honroso.

Haced que pasen ante vosotros las diferentes situaciones de entre las que debéis elegir. Si continuáis en vuestra apatía y negligencia, os esperan de momento todos los males de la servidumbre: privaciones, humillaciones, la burla y la arrogancia del vencedor; por doquier seréis arrinconados, porque en todas partes estorbaréis y molestaréis, hasta que vosotros, mediante el sacrificio de vuestra nacionalidad y vuestra lengua, consigáis algún lugar insignificante y subordinado, hasta que de esta manera vuestro pueblo se extinga poco a poco. Pero si, por el contrario, os animáis a prestar atención, entonces encontraréis en primer lugar una existencia soportable y honrosa y veréis florecer en torno a vosotros una especie que os promete, a vosotros y a los alemanes, el recuerdo más glorioso. Con el espíritu veréis que esta especie convertirá el nombre alemán en el más glorioso de todos los pueblos, veréis a esta nación como regeneradora y restauradora del mundo.

De vosotros depende el que queráis ser el fin y los últimos de una estirpe indigna y altamente despreciable incluso para la posteridad, de una estirpe en cuya historia, en caso de que la barbarie que ha de sobrevenir permita tener una historia, sus

descendientes se alegrarán cuando se acabe con ellos y celebrarán que el destino sea justo, o el que queráis ser el principio y punto de partida de una nueva época maravillosa más allá de todo lo imaginable, y el ser aquéllos a partir de quienes la posteridad cuente los años de su salvación. Pensad que sois los últimos en cuyo poder está esta gran transformación. Seguro que vosotros todavía habéis oído hablar de los alemanes como unidad, habéis visto, o por lo menos tenéis noticia de ello, un signo visible de su unidad, un imperio y una confederación imperial; entre vosotros aún se han oído de vez en cuando voces inflamadas por este supremo amor a la patria. Lo que ha de venir después de vosotros se acostumbrará a otras ideas, aceptará formas extrañas y otro modo de vida y de ocupaciones; ¿y cuánto tiempo habrá de pasar aún hasta que no viva nadie que haya visto alemanes o haya oído hablar de ellos?

Lo que se os pide no es mucho. Sólo tenéis que mostraros capaces de controlaros por algún tiempo y pensar sobre lo que directa y claramente se manifiesta ante vuestros ojos. Debéis formaros una firme opinión sobre ello, permanecer fieles a la misma y exteriorizarla y manifestarla en vuestro entorno más próximo. Presupongo y estoy totalmente convencido de que todos llegaréis al mismo resultado en esta reflexión, de que si vosotros de verdad pensáis y no caéis en la negligencia actual, estaréis todos de acuerdo, y de que, si ante todo os procuráis un espíritu y no permanecéis aferrados a la mera vida vegetativa, la armonía y concordia del espíritu vendrán por sí solas. Una vez que se haya llegado a esto, todo lo demás de que tengamos necesidad resultará por sí solo.

Esta reflexión de hecho será exigida a todos aquellos de entre vosotros que todavía sean capaces de pensar sobre algo que se ofrece claramente ante los propios ojos, en la propia persona. Tenéis tiempo para ello; el momento no va a aturdirnos ni sorprenderos; las actas de las negociaciones mantenidas entre vosotros están ante vuestros ojos. No las dejéis de la mano hasta que no os hayáis puesto de acuerdo con vosotros mismos. No os volváis, no os volváis perezosos abandonando a alguien o a algo ajeno a vosotros; ni tampoco escuchando la incomprensible filosofía del momento, según la cual las épocas se hacen a sí mismas por medio de una fuerza desconocida y sin colaboración alguna por parte del hombre. Estos discursos no se han cansado de advertiros encarecidamente que nada en absoluto os podrá ayudar más que vosotros mismos, y considerad que es necesario repetirlo hasta el último momento. Puede que la lluvia, el rocío y los años de buenas y malas

cosechas dependan de una fuerza desconocida para nosotros y que no podemos controlar; pero el tiempo propio de los hombres, las circunstancias humanas las hacen únicamente los hombres mismos y desde luego ningún poder que se encuentre fuera de él. Únicamente cuando todos ellos son ciegos e ignorantes, caen bajo el poder de esta fuerza oculta, pero de ellos depende el no ser ciegos e ignorantes. Ciertamente que el que nos vaya mejor o peor puede depender, en parte, de esa fuerza desconocida, pero de manera muy especial del entendimiento y la buena voluntad de aquellos a quienes estamos sometidos. Por lo demás, el que alguna vez nos vuelva a ir bien, depende exclusivamente de nosotros, y seguramente nunca volveremos a disfrutar de bienestar si no nos lo procuramos nosotros mismos.⁵

Esto es lo que tenéis que hacer; estos discursos os exhortan a que lo hagáis sin demora.

Os conjuran a vosotros, jóvenes. Yo, que hace ya tiempo que he dejado de pertenecer a vosotros, considero, y así lo he manifestado en estos discursos, que sois más capaces de pensar algo que sobrepase lo común, más sensibles a todo lo bueno y lo útil, porque vuestra edad está aún más cerca de los años de la inocencia y de la naturaleza. La mayoría del mundo adulto considera este rasgo fundamental vuestro de una manera totalmente distinta. Éste os acusa de insolencia, de juicio precipitado, temerario y que sobrepasa vuestras fuerzas, de espíritu de contradicción, de afán de innovación. No obstante, sonrío benévola-mente ante estos defectos vuestros. Todo esto, piensa, se basa únicamente en vuestra falta de conocimiento del mundo, es decir, de la corrupción humana general, que es lo único que ellos ven en el mundo. Piensa que solamente ahora tendríais coraje porque esperáis encontrar colaboradores simpatizantes y no conocéis la resistencia furibunda y enconada que se opondrá a vuestros proyectos de mejora. Y que una vez que se haya disipado el fuego juvenil de vuestra imaginación, una vez que no percibáis más que el egoísmo, la desidia y la holgazanería generales, y una vez que hayáis gustado de verdad la dulzura de la marcha por la rutina, entonces desaparecerán de vosotros las ganas de querer ser mejores y más inteligentes que los demás. Esto que esperan de vosotros no carece de base; lo han visto confirmado en ellos mismos. Tienen que recono-

cer que en los días de su juventud insensata también ellos soñaron con mejorar el mundo igual que vosotros ahora; pero que con la madurez se han vuelto tan mansos y tranquilos como ahora los veis. Les creo; yo mismo he visto en mi experiencia no muy larga cómo jóvenes que al principio infundían otras esperanzas, sin embargo, más tarde, correspondieron perfectamente a esas bienintencionadas predicciones de esta edad madura. ¡No continuéis haciendo esto, jóvenes! ¿Cómo se podrá si no empezar una especie mejor alguna vez? El encanto de la juventud desaparecerá de vosotros y la llama de vuestra imaginación dejará de alimentarse por sí misma; pero tomad esta llama y dadle solidez por medio de un claro pensar, haced vuestro el arte de este pensar y recibiréis por añadidura el más hermoso regalo del hombre: el carácter. En ese claro pensar obtendréis la fuente del florecimiento eterno de la juventud; aunque vuestro cuerpo envejezca o tiemblen vuestras rodillas, vuestro espíritu renacerá eternamente con frescor siempre renovado y vuestro carácter se mantendrá firme y sin cambios. Daos prisa en aprovechar esta ocasión que aquí se os ofrece; pensad con claridad sobre el objeto que se os presenta a deliberación; la claridad que se ha abierto para vosotros en un punto se extenderá poco a poco sobre todos los demás.

Estos discursos os conjuran también a vosotros, ancianos. Acabáis de oír cómo se piensa de vosotros y cómo se os lo dice en vuestra presencia; y el orador añade personalmente, con franqueza, que aparte de las excepciones, no por raras menos dignas de admiración, en lo que a la inmensa mayoría de vosotros se refiere, tienen toda la razón. Recorramos la historia de los dos o tres últimos decenios; todo concuerda excepto vosotros mismos; incluso quizá vosotros mismos, cada uno en el campo que no le afecta directamente, estaréis de acuerdo en que, salvo algunas excepciones y considerando sólo la mayoría, en todos los campos, tanto en la ciencia como en los negocios de la vida, la mayor ineficacia y el mayor egoísmo se han encontrado en la edad avanzada. Todos los coetáneos han visto cómo aquel que quería lo mejor y lo perfecto, aparte de la lucha con su propia falta de claridad y con el ambiente exterior, la batalla más difícil tenía que librarla contra vosotros; cómo vosotros teníais el firme propósito de que no prosperase nada que por vuestra parte no hubieseis también hecho y sabido; cómo habéis considerado toda actividad del pensamiento como una injuria a vuestro intelecto; y cómo habéis utilizado todas las fuerzas a vuestro alcance para vencer en esta lucha por lo mejor, en la que de hecho vencisteis como siempre. Y

⁵ Por razón de la censura Fichte se vio obligado a añadir: «y de manera especial si cada uno de vosotros no obra y actúa a su manera, como si estuviera solo, y solamente de él dependiera la salvación de las generaciones futuras».

así fuisteis la fuerza que impedía todas las mejoras que nos ofrecía la naturaleza benévola de su siempre juvenil seno, hasta que de nuevo os convertisteis en el polvo que erais antes, y la generación siguiente en lucha contra vosotros se volvió igual que vosotros y os relevó en vuestras funciones. También ahora podéis continuar actuando como habéis actuado siempre en todas las propuestas de mejora; podéis una vez más preferir, frente al bienestar común, vuestro vanidoso honor de que no haya entre cielo y tierra nada que vosotros no hayáis descubierto antes; y con esta última batalla estáis dispensados de cualquier otra posterior; no tendrá lugar ninguna mejora, sino que solamente habrá empeoramiento tras empeoramiento, de tal manera que todavía podréis experimentar algunas alegrías.

No se crea que yo desestimo y degrado la edad como tal. Si la fuente de la vida primaria y su ritmo progresivo se integran en la vida por medio de la libertad, entonces crece la claridad y con ella la fuerza mientras dure la vida. Una vida así se vive mejor; las escorias de origen terreno van desapareciendo cada vez más y ella se ennoblece y florece hacia una vida eterna. La experiencia de esa edad no se reconcilia con lo malo, sino que sólo hace el medio más claro y el arte más hábil para combatirlo victoriosamente. El que se empeore a medida que avanza la edad es únicamente culpa de nuestra época y ocurrirá necesariamente donde la sociedad esté muy corrompida. No es la naturaleza la que nos corrompe, puesto que ésta nos crea en estado de inocencia; es la sociedad. El que se entrega ahora a su influencia tiene que hacerse cada vez peor cuanto más tiempo esté expuesto a dicho influjo. Valdría la pena investigar en este sentido la historia de otra época verdaderamente corrompida y ver si, por ejemplo, bajo el gobierno de los emperadores romanos lo que una vez fue malo no se fue volviendo peor al avanzar la edad.

Así pues, a vosotros ancianos y experimentados que constituís la excepción, a vosotros os conjuran en primer lugar estos discursos; confirmad, reforzad y aconsejad en este asunto al mundo más joven que respetuosamente dirige su mirada hacia vosotros. Pero a vosotros que constituís la norma general, se os pide que, si no queréis ayudar, al menos por esta vez no estorbéis, no os interpongáis en esta ocasión como siempre habéis hecho con vuestra sabiduría y vuestros múltiples reparos. Esta causa, como todas las causas razonables del mundo, no es complicada, sino sencilla, y esto es algo que pertenece a las miles de cosas que vosotros no sabéis. Si vuestra sabiduría pudiese salvar ya nos habría salvado antes, pues vosotros

habéis sido los que hasta ahora nos habéis aconsejado. Pero esto, como todo lo demás, se os ha perdonado y no se os volverá a reprochar. Aprended por fin de una vez a conoceros a vosotros mismos y callad.

Estos discursos os conjuran a vosotros, hombres de negocios. En contadas excepciones habéis sido siempre hasta ahora enemigos acérrimos del pensar retirado y de toda ciencia que ambicionase ser algo por sí misma; aunque aparentabais despreciar todo esto elegantemente, rechazabais a los hombres que lo practicaban y sus proposiciones lo más lejos posible; y el que les tachaseis de locos o aconsejaseis que los internasen en un manicomio, era todo el reconocimiento que generalmente podían esperar por vuestra parte. A su vez, éstos no se atrevían a manifestar su opinión sobre vosotros con la misma sinceridad, porque dependían de vosotros, pero en el fondo de sus corazones opinaban que, salvo contadas excepciones, erais charlatanes superficiales y engreídos fanfarrones, poco instruidos, que no habéis hecho más que pasar fugazmente por la escuela, ciegos tanteadores abandonados a la vieja rutina y que, por lo demás, nada quieren ni pueden. ¡Demostradles con vuestros actos que han mentido y aprovechad la oportunidad que se os ofrece ahora para ello; dejad de lado ese desprecio por el pensamiento profundo y la ciencia, aceptad sus indicaciones, escuchad y aprended lo que no sabéis; de no ser así tendrán razón vuestros acusadores!

Estos discursos se dirigen a vosotros, pensadores, sabios y escritores que aún sois dignos de este nombre. Los reproches que os hacían los hombres de negocios no eran en cierto sentido injustificados. Frecuentemente escapabais con demasiada despreocupación al campo del puro pensamiento sin interesaros por el mundo real y sin comprobar cómo podrían ambos ponerse en contacto; trazabais vuestro propio mundo y dejabais a un lado, despreciado y desdeñado, el mundo real. Es cierto que toda disposición y configuración de la vida real tiene que partir de un concepto ordenador superior, y que el continuar en la rutina no le satisface; ésta es una verdad eterna que aplasta en nombre de Dios y con franco desprecio a todo el que se atreve a ocuparse de los negocios sin conocerla. Sin embargo, entre el concepto en sí y la aplicación del mismo a cada vida particular, media un gran abismo. Salvar este abismo es tanto labor del hombre de negocios, que ya antes tiene que haber aprendido lo suficiente para comprenderos, como vuestra; y no debéis olvidar la vida por razón del mundo del pensamiento. Aquí os encontraréis ambos. En vez de miraros unos a

otros con envidia por encima del abismo y denigraros, que cada parte se afane por su lado en salvarlo y así allanar el camino para la unión. Comprended, por fin, que os necesitáis unos a otros como se necesitan la cabeza y el brazo.

Estos discursos os conjuran también, en otros aspectos, a vosotros, pensadores, eruditos y escritores que todavía sois dignos de este nombre. Puede que vuestras quejas sobre la trivialidad, la irreflexión y la frivolidad generales, sobre la presunción y charlatanería inagotable, sobre el desprecio a la seriedad y escrupulosidad en todos los estamentos, sean sinceras, como de hecho lo son. Pero ¿qué estamento es entonces el que ha educado normalmente a estos otros, el que les ha transformado todo lo científico en juego y les ha conducido desde su juventud a esa insensatez y charlatanería? ¿Cuál es entonces el que continúa educando a las promociones que salen de la escuela? La causa más evidente de la apatía de la época es que ésta se ha insensibilizado con la lectura de vuestros escritos. ¿Por qué seguís tan empeñados en entretener a este pueblo ocioso a pesar de que sabéis que no ha aprendido nada ni quiere aprenderlo, le llamáis público, le aduláis como a vuestro juez, le incitáis contra vuestros competidores y buscáis por todos los medios atraer a vuestro lado a esa masa ciega y confusa, le dais, finalmente, incluso en vuestros comentarios y periódicos tanta materia como ejemplo de su precipitado juicio, y juzgáis también vosotros de esta manera sin coherencia y por las buenas, casi siempre de manera tan banal como podría hacerlo el último de vuestros lectores? Si no pensáis todos así, si los hay entre vosotros mejor intencionados, ¿por qué no se unen para poner fin a la desgracia? Y, concretamente en lo que se refiere a esos hombres de negocios, vosotros mismos decís que han pasado fugazmente por vuestra escuela, ¿por qué, por lo menos, no habéis aprovechado su paso para infundirles un mudo respeto por las ciencias, y principalmente para eliminar a tiempo del joven de buena cuna la vanidad y mostrarle que la clase social y el nacimiento no favorecen en nada en materia de pensamiento? Si quizá ya entonces les habéis adulado y les habéis hecho sobresalir indebidamente, sufrid ahora lo que vosotros mismos habéis provocado.

Estos discursos quieren disculparos, si es que no habéis comprendido la importancia de vuestra tarea; os invitan a que desde este momento os enteréis de su importancia y a que no la sigáis desempeñando como un mero oficio. ¡Aprended a respetaros a vosotros mismos y el mundo os respetará! La primera prueba de ello la ofreceréis según la importancia que deis a la

decisión propuesta y según la manera como os comportéis en ello.

Estos discursos os conjuran a vosotros, príncipes de Alemania. Aquellos que ante vosotros actúan como si no se os pudiese decir absolutamente nada o no hubiese nada que decir, son aduladores despreciables, vuestros resentidos difamadores. ¡Alejadlos de vosotros! La verdad es que nacéis tan ignorantes como todos nosotros y que tenéis que aprender como nosotros si queréis salir de vuestra ignorancia natural. La participación en el cumplimiento del destino que os ha correspondido a vosotros juntamente con vuestros pueblos, ha sido señalada aquí de la manera más indulgente y, en nuestra opinión, de la única justa y equitativa; y no podéis quejaros de éstos discursos a no ser que únicamente queráis oír adulaciones y nunca la verdad. Olvídense todo esto de la misma manera que todos deseamos que nuestra participación en la culpa se olvide también. Para vosotros, al igual que para nosotros, empieza ahora una nueva vida. ¡Ojalá que esta voz os alcance atravesando todas las barreras que suelen haceros inaccesibles! Ella podrá deciros con orgullo: gobernáis sobre unos pueblos tan fieles, dúctiles y merecedores de felicidad como jamás hayan gobernado príncipes de época ni nación alguna. Tienen sentido de la libertad y son capaces de ella; pero os han seguido en la lucha sangrienta contra lo que les parecía libertad porque así lo quisisteis. Algunos de vosotros más tarde habéis querido otra cosa siguiéndoos hasta aquello que necesariamente tenía que parecerles una guerra que iba a aniquilar los últimos reductos de independencia y autonomía alemanas; también porque vosotros así lo quisisteis. Desde entonces sufren y soportan el peso aplastante del mal común; y no dejan de ser fieles, de depender incondicionalmente de vosotros, de amaros como a tutores otorgados por Dios. Si pudieseis observarlos sin que ellos lo notasen. Si pudieseis descender, libres de todo lo que os rodea, y que no siempre ofrece el lado más hermoso de la Humanidad, a las casas de los ciudadanos, a las cabañas de los campesinos, y pudieseis observar la vida tranquila y callada de estas clases en las que parece haberse refugiado la fidelidad y honradez, que tan raras se han vuelto en las clases superiores, seguro, seguro que tomaríais la decisión de pensar más seriamente que nunca cómo se les podría ayudar. Estos discursos os han propuesto un medio de ayuda que consideran seguro, eficaz y decisivo. Dejad que vuestros consejeros deliberen si ellos los consideran también así o si conocen otro mejor; pero eso sí, que sea tan decisivo. Estos discursos, pues, confían sobremane-

ra en vuestra honradez, querrían convencerlos si pudiesen de que tiene que ocurrir algo, de que tiene que ocurrir ahora, de que tiene que ocurrir algo radical y decisivo y de que el tiempo de las resoluciones a medias y del dejar pasar ha terminado.

A vosotros alemanes todos, cualquiera que sea el puesto que ocupéis en la sociedad, os conjuran estos discursos a que todo aquel de entre vosotros que pueda pensar, que piense en primer lugar en el asunto propuesto, y a que cada uno haga para ello lo que más de cerca le caiga dentro de su puesto.

A estos discursos se unen vuestros antepasados y ellos os conjuran. Pensad que en mi voz se mezclan desde el oscuro pasado las voces de vuestros predecesores que con sus cuerpos se opusieron al avasallador dominio de los romanos, que con su sangre consiguieron la independencia de las montañas, llanuras y ríos que con vosotros se han convertido en botín para los extranjeros. Ellos os dicen: sed nuestros representantes, transmitid a la posteridad nuestra memoria tan honrosa e irreprochable como ha llegado a vosotros, de la misma manera que antes os habéis vanagloriado de ella y de vuestra ascendencia. Hasta ahora nuestra resistencia era considerada noble, grande y sabia, y nosotros parecíamos ser los iniciados y los entusiastas del proyecto divino del mundo. Si nuestra raza desaparece con vosotros, nuestro honor se transforma en ultraje y nuestra sabiduría en necedad. Pues si la estirpe alemana tuviera que hundirse en la romanidad, sería mejor que eso ocurriese en la antigua que en la nueva. Nosotros nos enfrentamos a aquélla y vencimos; vosotros habéis sido pulverizados por ésta. Ahora que las cosas están así, no queráis vencerlas con las armas del cuerpo; solamente vuestro espíritu debe alzarse contra ellos y resistir. Vosotros disponéis de la mayor habilidad para fundar, sobre todo, el imperio del espíritu y de la razón y para aniquilar la fuerza corporal bruta como dominadora del mundo. Si lo hacéis así, seréis dignos de ser descendientes nuestros.

También se mezclan en estas voces los espíritus de vuestros antepasados más recientes que cayeron en la lucha santa por la libertad de religión y de fe. Salvad también nuestro honor, os gritan. Nosotros no sabíamos con claridad por qué luchábamos; aparte de la decisión justificada de no dejarnos dominar por un poder exterior en cuestiones de conciencia, nos impulsaba un espíritu superior que nunca se nos desveló totalmente. A vosotros ese espíritu se os ha revelado ya, siempre y cuando seáis capaces de ver en el mundo espiritual, y os mira con ojos levantados y claros. La mezcla multicolor y confusa de los

impulsos sensuales y espirituales debe desaparecer por completo del dominio del mundo y sólo el espíritu limpio y libre de todo impulso sensual debe tomar el timón de los asuntos humanos. Para que este espíritu tuviera la libertad para desarrollarse y elevarse hasta una existencia autónoma, derramamos nosotros nuestra sangre. De vosotros depende el que se le dé a este sacrificio significado y justificación, haciendo que este espíritu domine el mundo tal y como le corresponde. Si no ocurre esto, como meta última a la que se encaminó todo el desarrollo anterior de nuestra nación, nuestras luchas se convertirían en bufonadas ruidosas y la libertad de espíritu y conciencia por la que nosotros luchamos se convertirá en una palabra carente de significado, si, a partir de ahora, deja de haber espíritu y conciencia.

Os conjuran también a vosotros, descendientes nuestros que todavía no habéis nacido. Ellos os gritan: os vanagloriáis de vuestros antepasados y os unís con orgullo a una doble sucesión. Cuidad de que la cadena no se rompa con vosotros; haced que también nosotros nos podamos vanagloriar de vosotros y que, a través de vosotros, pasemos a formar parte, como eslabón intachable, de la misma gloriosa sucesión. No hagáis que tengamos que avergonzarnos de nuestra descendencia por baja, bárbara y esclava; que tengamos que ocultar nuestra procedencia o fingir un nombre y origen extranjeros para no ser arrojados y pisoteados sin más ni más. Vuestro recuerdo en la historia será como sea la próxima generación que salga de vosotros: honrosos, si ésta os honra e incluso muy vergonzoso, si no tenéis descendencia que se deja oír y es el vencedor quien hace vuestra historia. Nunca un vencedor ha tenido inclinación o punto de referencia suficiente para juzgar con justicia a los vencidos. Cuanto más los rebaja tanto más justo aparece. Quién puede saber qué hazañas, qué instituciones acertadas, qué nobles costumbres de algún pueblo del pasado han sido olvidadas porque los descendientes fueron sometidos y el vencedor informó sobre ellos de la manera más conveniente para sus fines, sin que nadie le contradijese.

El mismo extranjero os conjura en tanto en cuanto todavía no se entiende a sí mismo en lo más mínimo y aún puede ver su verdadero provecho. Ciertamente, en todos los pueblos hay todavía almas que aún no pueden creer que la gran promesa de un reino de la justicia, de la razón y la verdad en la especie humana sea un engaño vacío y vanidoso, y que por tanto aceptan los duros tiempos presentes como un paso hacia una situación mejor. Éstos, y con ellos toda la Humanidad nueva, cuen-

tan con vosotros. Una gran parte de ellos descende de nosotros; los restantes han recibido de nosotros su religión y toda su formación. Aquéllos nos conjuran invocando todo el suelo patrio común, también cuna suya que nos han entregado libre; éstos, invocando la formación que han recibido de nosotros como prenda de una felicidad superior, nos conjuran a que nos mantengamos para ellos y por ellos como hemos sido siempre, que no permitamos que se arranque del conjunto de la generación que acaba de surgir este miembro tan importante para ella, para que si un día necesitan nuestro consejo, nuestro ejemplo, nuestra colaboración sobre la verdadera meta de la vida terrena, no nos echen de menos con dolor.

Todas las épocas, las personas sabias y buenas que en el mundo han sido, y con ellas sus pensamientos y anhelos de algo superior, se mezclan en estas voces, os rodean y elevan hacia vosotros sus manos suplicantes; incluso, si así se puede decir, la Providencia y el plan divino para el mundo, al crear una especie humana que existe sólo para ser pensada y realizada por hombres, os conjuran a que salvéis su honor y su existencia. A vosotros os toca fundamentar un juicio definitivo sobre si tenían razón aquellos que creían que la Humanidad siempre tiene que ir a mejor y que las ideas de un orden y una dignidad de la misma no son sueños vacíos, sino la profecía y garantía de la realidad futura; o aquellos que dormitan en su vida vegetal y animal y se burlan de todo intento de elevarse a mundos superiores. El mundo antiguo con su esplendor y grandeza, así como con sus defectos, se ha hundido por causa de la propia indignidad y del poder de vuestros padres. Si es verdad lo que se ha expuesto en estos discursos, entonces sois vosotros, de entre todos los pueblos nuevos, en los que de una manera más decisiva radica el germen del perfeccionamiento humano y a quienes se les ha encomendado llevar adelante el desarrollo del mismo. Si se hunde vuestra esencialidad se hundirán también con vosotros todas las esperanzas de todo el género humano de salvarse del abismo de su mal. No esperéis y no os consoléis con la idea carente de todo fundamento y basada únicamente en la simple repetición de casos ya ocurridos, según la cual, después de la caída de la educación antigua, por segunda vez surgirá una nueva cultura sobre las ruinas de la primera y en un pueblo medio bárbaro. En tiempos antiguos existía un pueblo así, que reunía todos los requisitos para este destino y era bien conocido del pueblo entonces culto por quien fue descrito; éste, si hubiese podido plantearse la posibilidad de su caída, podría haber descubierto en ese pueblo el

medio de la restauración. También nosotros conocemos bien la superficie de la tierra y los pueblos que en ella viven. ¿Conocemos un pueblo semejante a aquel que originó el nuevo mundo, en el que puedan fundarse las mismas esperanzas? Yo creo que todo el que no se limite a opinar y esperar apasionadamente, sino que también piense, basándose en una investigación profunda, tendrá que contestar a esta pregunta negativamente. Por consiguiente, no hay ninguna solución: si vosotros os hundís, se hunde también con vosotros toda la humanidad sin esperanza de una restauración futura.

Esto fue, respetable asamblea, lo que todavía al final de estos discursos yo quería y debía inculcarles a ustedes como mis representantes de la nación y a través de ustedes a la nación entera.